

SINESIO DELGADO



Pólvora sola

COMPOSICIONES EN VERSO

DIBUJOS DE CILLA

y

FOTOGABADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

MADRID

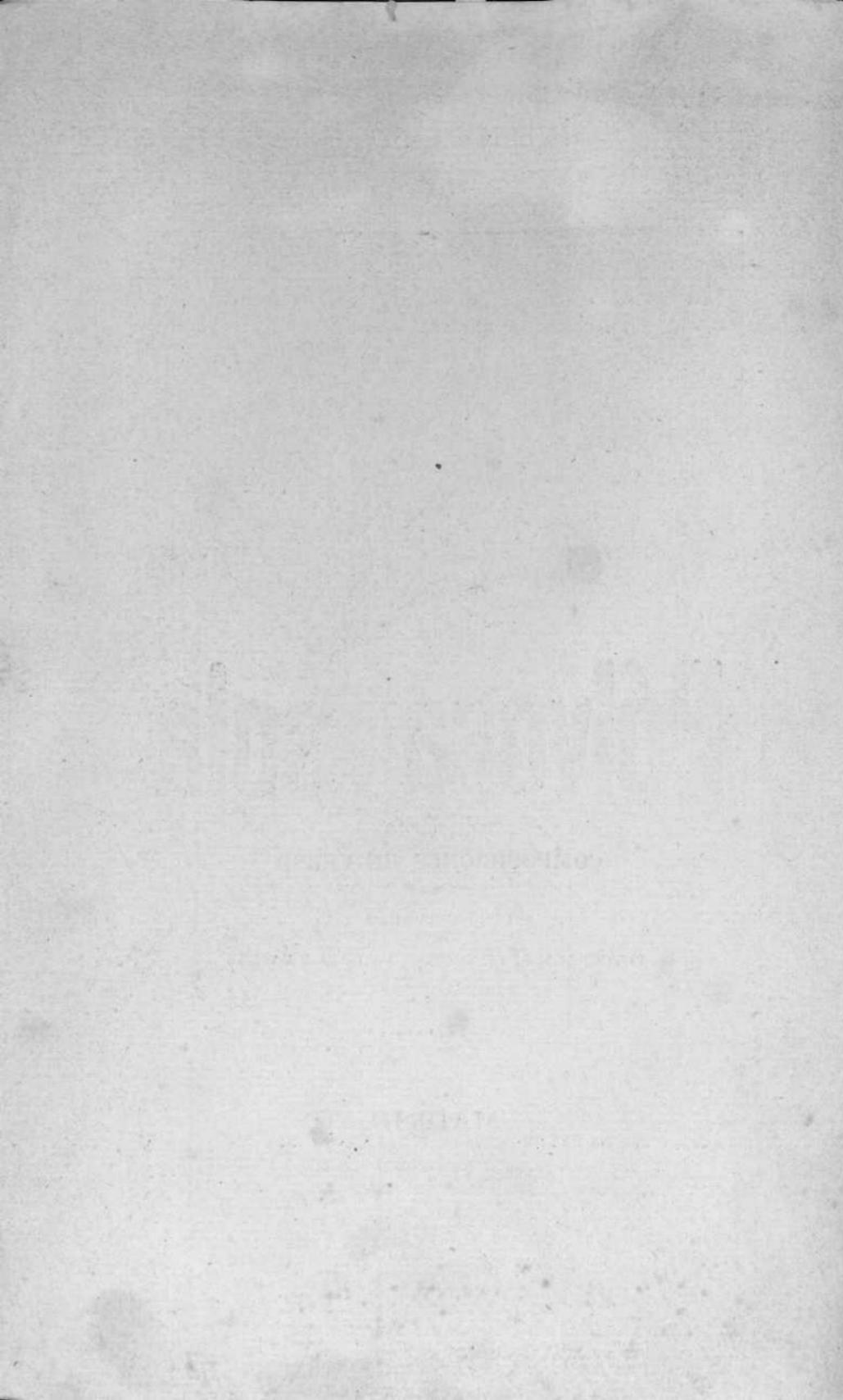
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16.

1888





DECC
A

PÓLVORA SOLA



CB. 1161594
L. 129774

SINESIO DELGADO



Pólvora Sola

COMPOSICIONES EN VERSO

DIBUJOS DE CILLA

y

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16.

1888



R. 97265

ES PROPIEDAD



NI FÚ NI FÁ

Quien nisperos come,
y bebe cerveza,
y espárragos chupa,
y besa á una vieja,
ni come, ni bebe,
ni chupa, ni besa.

AL brazo la capa y al hombro el hatillo
salí de mi tierra tres años hará,
repletos de viento cabeza y bolsillo....
¡y allá va la nave!... ¿quién sabe do va?

Aquí desde entonces, de noche y de día,
trabajo y no logro saber lo que soy;
romper no he podido la atroz medianía;
ni subo, ni bajo, ni vengo, ni voy.

Ni á un lado ni á otro se vuelve la torta,
ni soy un poeta ni soy un pelele;
la musa se afana, y el fruto que aborta
ni pincha, ni corta,
ni sabe, ni huele.

El término medio me carga de un modo
que estoy fastidiado, ¡no puedo con él!
¿Que nada? ¡Pues nada! ¿Que todo? ¡Pues todol
La escoria ó el oro, ¡jamás oropell

Me animan los unos, gritando:—¡Adelante!
Los otros me paran, y dicen:—¡Atrás!
Que escriba, que estudie, que lllore, que cante,
que siga en mis trece, que no luche más.

¿De quiénes me fío y á quiénes escucho?
Del fondo del alma la duda me sale.
Que corto, que largo, que tonto, que ducho,
que poco, que mucho,
que toma, que dale.

Propóngome á veces cambiar de destino
con ansia creciente de dar en el *quid*,
y el cambio á la suerte le importa un comino
por más que la busco por todo Madrid.

¡Ni ser pordiosero, ni ser millonari!
Que sí por un lado, por otro que no;
un *quidam*, un ente vulgar y ordinario,
¡de aquí no se pasa! ¿Qué voy á hacer yo?

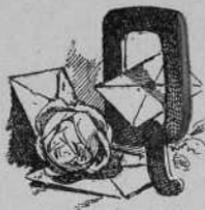
Doblar la tarea, crecer el trabajo,
y el caso concreto jamás se resuelve;
que llevo á la cumbre, que pierdo el atajo,
que arriba, que abajo,
que torna, que vuelve.

¡Señor!, tú que riges la marcha del mundo
y sabes de fijo lo mal que me va,
¿no quieres librarme del tedio profundo
que no es limonada, ni chicha, ni *na*?

¡Tregar á la cima, caer al abismo,
que estar en el centro la acción me coarta!
¡Subir, aunque luego me rompa el bautismo!
¡Si sigo lo mismo
mal rayo me parta!

TRES CARTAS

I



QUERIDA amiga: Te escribo
casi loca de contenta.
Vas á caer en la cuenta
cuando te diga el motivo:
¡Tengo otro novio! ¡y van tres!

Creo que el gozo se explica.
No es muy rico, pero, chica,
¡si vieras qué guapo es!
Sobresale en cualquier parte;
¡le sienta tan bien la ropal
Te advierto que no es de tropa,
¡no vayas á figurarte!

No hay remedio; hay que quererle,
y le querré aunque me muera,
porque anda de una manera...
en fin... que da gusto verle.

Y es atrevido, y me mira
con una pasión y un fuego...
me dice:—¡te adoro!—y luego
señala al pecho y suspira.

¡Qué de guiños! ¡qué de enredos!
Como mimos inocentes,
me envía besos ardientes
con las puntas de los dedos.

Con esto estamos los dos
en baños de agua de rosas;
porque, hija mía, estas cosas
saben á gloria de Dios.

Me embriaga el amor bendito
que en Fernando voy hallando,
¡porque se llama Fernando!
¿eh? ¡qué nombre tan bonito!

En fin, hija, no me pesa
de lo mucho que le quiero.
Adiós. Ya no es tuyo entero
el cariño de—TERESA.»

II

«Querida amiga Leonor:
¿No sabes lo que me pasa?
Que Fernando entra en la casa
con permiso del tutor.

No puedo pasar sin él;
¡qué vida más deliciosa!
¡Soy dichosa, muy dichosa
con sus palabras de miel!

Y no pasamos en vano
el tiempo, ¡pues bueno fueral
¡estamos la tarde entera
cogiditos de la manol!

¡Si vieras con qué embeleso
nos miramos! Ya no cabe



más amor. ¡Y qué bien sabe
así, á hurtadillas, un besol
Con injusticia notoria
á calumniarlo se atreven...
¡si es como el néctar que beben
los ángeles en la glorial

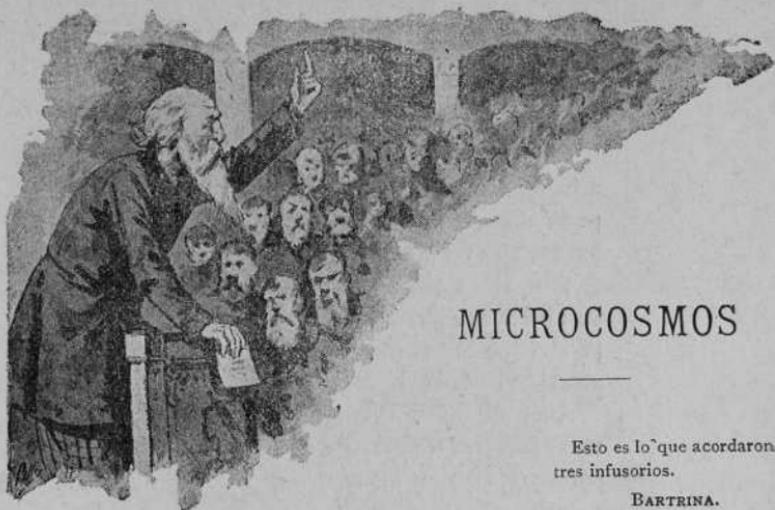
Y no creas que hay doblez
en tal cariño, ¡jamás!
¡Y eso que Fernando es más
atrevido cada vez!

Ayer me dijo... Contigo
tener secretos no debo;
pero, ¡ay! esto no me atrevo
á decirlo... y no lo digo.

No te incomodes por esa
leve falta de amistad;
ya sabes que de verdad
te quiere siempre—TERESA. »

III

«De horrible dolor soy presa;
me paso el día llorando.
¿Te acuerdas de aquel Fernando?
¡Pues es un pillol!—TERESA.»



MICROCOSMOS

Esto es lo que acordaron
tres infusorios.

BATRINA.

ERA la nebulosa
que, para hacer un cuento, saco á plaza,
del tamaño de un grano de mostaza
y, como es consiguiente, poca cosa.
En espacios sin límites perdida,
llevaba en sus moléculas señales
del germen de la vida,
como los otros mundos colosales
que ocupan la región desconocida.
La tocó del espíritu el aliento;
prestóla forma y consistencia el frío;
tuvo atmósfera, y luz, y movimiento,
y desde aquel momento
una bolita más cruzó el vacío.

Brotó por todos lados
un enjambre de seres bien formados,
y de cuya estructura
me es imposible hacerlos el diseño,

porque la descripción y la pintura
 tienen su *non plus ultra* en lo pequeño.

El caso es que una raza
 que, como las demás, salió del barro,
 llegó á ser en el grano de mostaza
 la dueña del cotarro.

¡Qué modo de avanzar! ¡Cuánto progreso!
 Un sabio profesor de astronomía,
 persona de gran seso,
 gritó en un ateneo cierto día:

—¡No hay nada más allá! ¡Todo está dicho!
 Hizo el Ser Creador, potente y justo,
 el mundo que habitáis, por el capricho
 de darnos ese gusto.

Y esos soles que véis, inmensas moles
 que brillan en la atmósfera azulada,
 nos deben importar tres caracoles.

¡Es cosa averiguada
 que son para nosotros esos soles!

Y cuando esto se acabe,
 porque el Supremo Ser lo haya querido,
 entonces... ¡ya se sabe!
 ¡toda la Creación ha concluído!

.....
 En esto un huracán, allá en Vulcano,
 de la arena menuda nube espesa
 levanta, y atraviesa
 la línea de atracción, un solo grano,
 que cae como una maza
 encima del granito de mostaza.

¡Qué hecatombe, Dios mío!
 las moléculas ¡ay! se disgregaron...
 (Y navegan los mundos que quedaron
 por el *piélago inmenso del vacto.*)



LA PRIMAVERA

ERÁ que la sangre hierve
ó que á mí me lo parezca,
y no hay calor que me enerve
ni frío que me entumezca;
pero es la verdad del caso
que algo raro en mí se esconde,

y que si sigo á este paso
voy á parar no sé dónde.

Antes encontraba mil
mujeres de poco fuste;
¡desde primeros de Abril
no hay una que no me gustel

Hasta en la más horrorosa,
de esas que causan espanto,
encuentro yo alguna cosa
y no me parece tanto.

¡Yo, infeliz, que no ambiciono
triumfos de la vanidad,
y que, además, me impresiono
con mucha dificultad,

ya me he declarado á doce,
y me encuentro en un apuro;
si me ve, no me conoce
mi familia, de seguro.

Tal estado es un estado
sumamente excepcional,

que me tiene disgustado
y que me sienta muy mal.

¡Hombre, si seré infeliz,
que me estoy volviendo loco
por un demonio de actriz
que trabaja mal y poco,

y es negra como la noche,
y rechoncha, y sin salero,
¡y estoy por ponerla coche
en cuanto tenga dinerol

¡No digo nada en la calle!
¡Si parezco un zascandill
Me entusiasmo cualquier talle,
me gusta cualquier perfil.

Que me lo perdone Dios;
pero ni un día se pasa
sin que yo acompañe á dos
á la puerta de su casa.

Y esto es ridículo, es feo,
y hasta antihigiénico es,
porque doy cada paseo
que me deshago los piés.

Una costurera, un coco
que no vale tres pepinos,
me ha llevado poco á poco
hasta los Cuatro Caminos;

y según estaba yo
de terco y de calavera,
me voy tan fresco á Joló
y ni lo siento siquiera.

Con otra por el estilo
que ayer me salió al encuentro,
estoy algo más tranquilo,
porque esa vive en el centro;
en la acera de los nones,

aquí, á mano, en la Carrera,
en los últimos balcones,
contando desde la acera;
y es preciso confesar
que este detalle me balda,
porque me tengo que estar
con el cogote á la espalda,
¡y duele de firme el cuello!
¡Dígamele usted á mí!
¡Como que si sigo en ello,
me voy á quedar así!

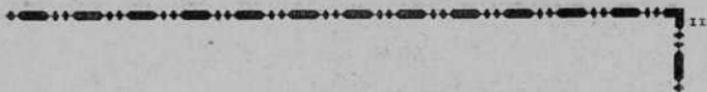
Total, que ya me aniquila
tan profunda alteración,
y que no quiero esta pila
de Volta en el corazón.

¿Que es la primavera quien
nos incita á los amores,
y aman por eso también
los pájaros y las flores?

Corriente, yo no me opongo,
que no es tanto mi egoísmo;
y aunque lo fuera, supongo
que pasaría lo mismo.

Pero por lo que barrunto
la subvenciona Himeneo,
para llevarme hasta el punto
de que adore á cuantas veo;
y quiero que pase pronto
y que cese la tormenta,
porque estoy haciendo el tonto
y es cosa que me revienta!



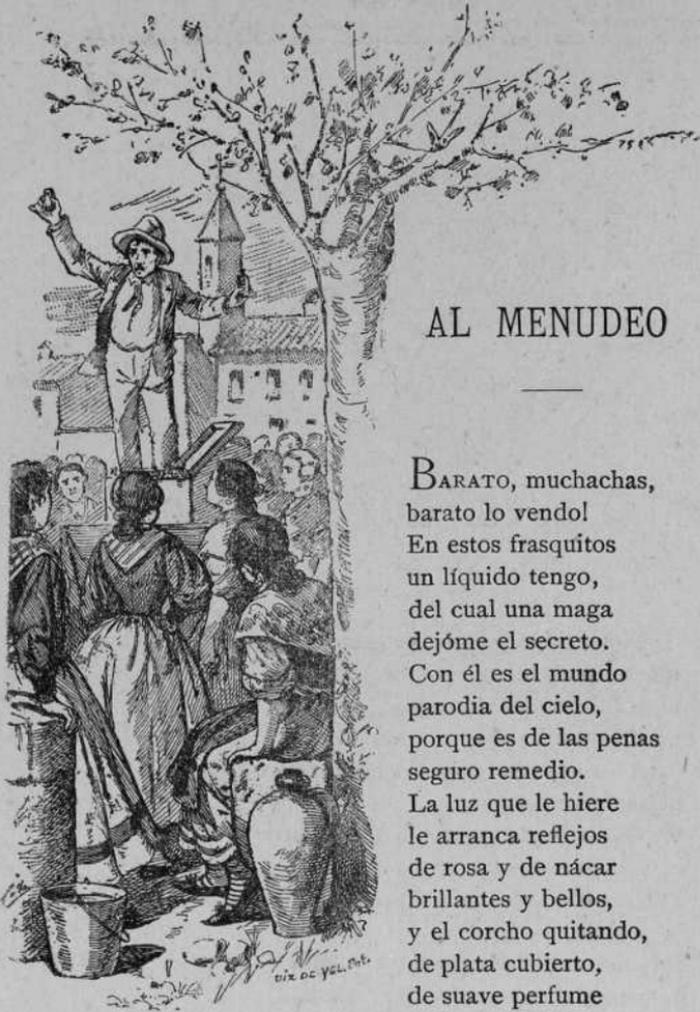


¡MIRE USTED QUÉ DEMONIO!

LA integridad peligra. ¡Hasta se teme
que después de unos dares y tomares,
el invasor audaz destruya y queme
cortijos y olivares!

¡Al arma, vive Dios! Vibra guerrero
el toque de corneta,
y tiembla de coraje el pueblo entero
calada en el fusil la bayoneta.

La patria sacrifica á la metralla
la vida de sus hijos.
Y muere sobre el campo de batalla
honrosa y dignamente... ¡la canalla
que no tiene olivares ni cortijos!



AL MENUDEO

BARATO, muchachas,
barato lo vendí
En estos frasquitos
un líquido tengo,
del cual una maga
dejóme el secreto.
Con él es el mundo
parodia del cielo,
porque es de las penas
seguro remedio.
La luz que le hiera
le arranca reflejos
de rosa y de nácar
brillantes y bellos,
y el corcho quitando,
de plata cubierto,
de suave perfume
sáturase el viento.
Si echáis una gota
tan sólo al pañuelo,
y al rostro, en ayunas,
con él frotáis luego,
se tornan los labios

rosados y frescos;
conviértense en perlas
los dientes pequeños;
adquiere sedosa
tersura el cabello,
las largas pestañas
semejan un velo
que ocultan dos soles
brillantes y negros,
y quedan de envidia
los ángeles muertos.
¡Diez frascos me quedan!
Muchachas; ¡á ellos!
A duro los grandes,
los chicos á medio.
—¡Qué hermosos!

—¡Qué aroma!

—¡Bendigo el invento!
—¡Embriaga el perfume!
—¡Qué suave!

—¡Qué buenol

—¡Un frasco!

—A mí otro!

—¡A mí dos pequeños!

—Dios quiera, chiquillas,
que os haga provecho.
¿Sabéis otra gracia
que tiene?

—¿Qué es ello?

—¡La más portentosa
que han visto los pueblos!
¿Sois niñas honradas?
¿Verdad? ¡Ya lo creo!
Pues de esas virtudes

llevaréis el sello,
y habrán de adoraros
los hombres á cientos.
Por cierto milagro
que sólo yo entiendo,
el líquido guarda
la huella del beso,
y allí donde labios
audaces, groseros,
se posan, se quedan
vestigios eternos.
¿Qué tal os parece?
Divino, ¿no es cierto?



.....
—¡Jesús! ¡qué mal huele!
—¡Qué frascos tan feos!
—No vale la pena.
—¡Y es carol
—¡No es buenol
—¡A mí no me gusta.
—Ni á mí.
—No lo quiero.
—¡Señor sacamuelas,
usté es un zopenco;
devuelva los cuartos
y váyase al cuernol



EL DRAMA ETERNO

CONSEJO me pides, Blas,
y quiero dártelo al punto,
porque creo que el asunto
es grave como el que más.

Tú adoras á tu mujer
con fidelidad que alabo,
y eres su amante y su esclavo
y todo lo que hay que ser.

Dejó el alma de ser tuya,
pues que en sus ojos se abrasa;
¡jamás ha habido en tu casa
más voluntad que la suya!

¡Bien la pagas, á tu modo,
su juventud, su belleza!...
Respeto, nombre, riqueza,
todo te lo debe, todo.

¡Y te engaña, sin embargo,
con un amante la infiel,
y le da lo dulce á él
y á tí te guarda lo amargol
¿Te has ofuscado quizás?

¿Tienes pruebas? ¿Estás cierto?
¿Tu deshonra has descubierto?
Pues oye el consejo, Blas.

Nada te puedo decir
de ella, si vive tu amor;
pero respecto al traidor
es muy fácil decidir.

Una comedia sencilla:
mucho aplomo, mucha calma,
cuanto más fuego en el alma
más frío en la mascarilla.

Ya sé que el sistema es
inútil, si no se lleva
un valor á toda prueba;
pero después... ¡Oh! después,
cuando ya no se te escape,
busca ó pide á la fortuna
una ocasión oportuna
en que la ley no te atrape,
y por la espalda, á traición,
cuando acuda á la emboscada,
le das una puñalada
en mitad del corazón.

¿Que no es noble? ¡Dí que sí!
Lo estúpido, lo imprudente,
es retarle frente á frente
para que él te mate á tí.

No te batas, no señor.
Fuera bueno, si él obrara
lealmente y cara á cara
al atentar á tu honor.

Pero no; ¡pudo escoger
ocasión, armas y lazos
para arrancar á pedazos
la virtud de tu mujer!

Tal vez te vendió amistad,
y en los corrillos tal vez
comentó tu sencillez
y se burló sin piedad.

¿Y ahora tú, alzando el puño,
dirás á tan ruin canalla,
—¡Conmigo sois en batalla,
salid al campo, don Nuño!

¡Imbécil serás, Blas!
¡Nadal Busca la ocasión,
y pártele el corazón
como él á tí: ¡por detrás!



¡Á BUENA HORA!



I

IENTRAS el buque sobre las olas
se pavonea,
y al alejarse deja en el agua
profunda estela,
describe el humo sus espirales
grandes y negras
y encaramados los marineros
tienden las velas.

Pedro, apoyado sobre una banda,
sonríe y piensa:
—¡Caracolitos! ¡qué guapa es Luisa
la camarera!

II

—¿No te abochorna ser tan arisca
siendo tan bella?
¡Por Dios, muchacha, no me acongojes,
calma mis penas!

Dame un abrazo.—¿Conque un abrazo?
¡bonita es ella!

—Por tí me muero.—No se me importa
que usted se muera.

—Pero es tan poco lo que te pido,
¡nada te cuesta!

Prueba á abrazarme.—¡Miren el hombre!
¡Vaya una prueba!

—¡Esos tus brazos son tan hermosas
dulces cadenas!

—Eso tan sólo puede decirlo
quien los espera.

—¡Cuánto le envidio!—Dios le perdone.
—¡No seas tercal

—¡Váyase pronto!— Sé complaciente.
—¡No quiero, ea!

(Y así se pasan días y días
en lucha eterna,
mientras el buque sobre las olas
se pavonea.

Él, siempre firme, por el abrazo
suspira y ruega.

¡Todo es inútil! ¡Bonita es Luisa
la camarera!)

III

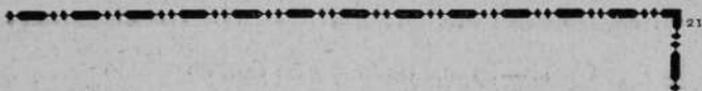
Silba en las jarcias airado el soplo
de la tormenta,
y el monstruo indócil furioso ruge
y el lomo arquea.
Luchando el buque, las olas bate
con sus paletas,

mientras temblando los pasajeros
lloran y rezan.
Voces de mando, gritos de angustia,
rudas blasfemias...
Hechos astillas van al abismo
palos y vergas,
y el casco gime como el que mira
la muerte cerca.

—

Allá va Pedro, que á la ventura
nada y bracea,
contra el peligro que le amenaza
pidiendo fuerzas.
Un mástil roto flota á lo lejos
¡bendito sea!
Siente dos brazos que se le enroscan
y que le aprietan
de la agonía con la potente
rabia suprema.
Furioso entonces rompe la humana
dura cadena;
húndese un cuerpo, y allá en el fondo
la tumba encuentra.
.....
Aquellos brazos eran de Luisa
la camarera.

—



DISGUSTO DOMÉSTICO

I

OYE, Vicente.

—¿Qué pasa?

—Nada, que el diablo me lleva
con la criadita nueva,
y la voy á echar de casa.

—¿Es holgazana?

—Eso no.

—¿Es respondona?

—No tal.

—¿Es tonta?

—No.

—¿Guisa mal?

—Mejor que el que lo inventó.

—Pues entonces, ¿qué más quieres?

—Es que me sospecho ya
que el chico la sigue...

—¡Bah!

¡tonterías de mujeres!
—¿Tonterías, eh? Pues mira,
yo me he fijado muy bien,
en que, siempre que se ven,
ella ríe y él suspira...

—Sin embargo, no es razón
para que juzgues así.

—Es que ayer les sorprendí
aquí, en esta habitación,
y debió sentarles mal
la sorpresa.

—¡Podrá ser!

—Porque echaron á correr
por su lado cada cual.
Conque, ¡á ver si no hay motivo
para ponerles á rayal

¡Por de pronto, que se vaya
cada mochuelo á su olivol

—Si es así, tienes razón.

Anda, avisa á ese muchacho
que le espero en el despacho...

¡Bueno va á ser el sermón!

II

—Venga usted acá, buena pieza.
Porque estás lacio y endeble,
no cojo en seguida un mueble
y te rompo la cabeza.
¿Conque sin respeto á nada



nos estás comprometiendo
y te entretienes haciendo
el amor á la criada?

—¡Papá, por Dios!

—¡A callar!

Tal atrevimiento pasa
en la calle; ¡pero en casa
no lo puedo tolerar!

—¡Papá! te juro que quien
calumnia así á la doncella,
me calumnia á mí, porque ella
es honrada... y yo también.

—¡Quítese usted de delante!

¡Diantre con el señorito,
que parecía un bendito
y ha resultado un tunante!

Como yo llegue á saber
que en tu manía no cejas,
te cojo de las orejas
y te las echo á perder.

Que cuando yo me incomodo,
ya sabes cómo las gasto;

¡ó te enmiendas ó te aplasto!

—Pues bien; á pesar de todo,
es honrada la criada,
¡y lo vuelvo á repetir!

—¡Me vendrás tú á mí á decir
si es honrada ó no es honrada!



Á MADRID

ME VUELVO

ÁLLÁ, á lo lejos, la torre
de mi aldea se divisa;
haz, monstruo, por que se borre
su silueta; ¡corre, corre!
más aprisa, ¡más aprisa!

Atrás queda la estación
y en ella quedan atrás
pedazos del corazón.
Fogonero, echa carbón;
¡más, mucho más, mucho más!

Adiós de las casas viejas
los verdosos murallones;

y adiós las sucias callejas
con sus historias añejas
de fantasmas y dragones.

Corro á Madrid anhelante,
que es la patria del jolgorio...
¡monstruo, adelante, adelantel
Yo soy un pájaro errante
como el cantor del Tenorio.

Adiós, llanura desierta
de la encharcada campiña,
y los guindos de la huerta,
y la ventana, y la puerta
de la casa de mi niña.

Y adiós, silloncito blando
donde, la infeliz ayer
me despedía llorando.
Adiós, y ¡sabe Dios cuándo
nos volveremos á ver!

Me fastidian los gorriones
que saltan sobre la hacina,
y no hay cafés, ni salones,
ni dan calor los tizones
que humean en la cocina.

Aquí se arruga la piel
y se duerme el corazón.
Yo amo el bullicio, el tropel,
y quiero morir en él
de fiebre y de consunción.

Adiós, pueblo, y si me muero,
sabe que vine á buscarte,
con humos de caballero,
porque no tuve dinero
para marcharme á otra parte.

Pero la gente de pro
se va á Madrid en el tren

para divertirse... ó no,
y, cantando coplas, yo
me vuelvo á Madrid también.

Allí esperan al coplero
lucha y fatiga; allí espera
la sandunga y el salero...
¡echa carbón, fogonero!
¡que reviente la caldera!

.....

Corre, brisa, y dile á Rosa
que olvide nuestros placeres,
porque allá me aguarda ansiosa
la modista más graciosa
que ha cosido en los talleres.

Dile también que mi amor
fué mentira, y que quizás
encuentre un galán mejor...
¡Maquinista, más vapor!
¡Más, mucho más, mucho más!





LA SIESTA

(PARODIA DE ZORRILLA)

Las tres. Madrid un horno. Martes, ¡mal día!
¿Quién resiste el bochorno que el cielo envía?
Cocheros y caballos duermen unidos
cual Reyes y vasallos mal confundidos.
No hay hombres ni mujeres por las aceras,
¡ni van á los talleres las costureras!
Perezosa la gente, no se levanta,
y al sol de Julio ardiente ni Dios aguanta.

Sólo yo, desvelado, no sé qué hacerme,
porque en mí reclinada, tranquila duerme
mi modistilla,
que ha jurado quererme
la pobrecilla.

I

Cual cantan las cigarras panzudas y verdosas,
que imitan de lo lindo la cuerda de un reló,
besando de tus labios las perfumadas rosas,
morena de mis ojos, así cantaré yo.

¿Qué quieres que recite? ¿Qué quieres que te lea?

¿Qué coplas, vida mía, te gustan á tí más?

¿Prefieres redondillas sin fondo y sin idea,
cual áureos cascabeles que suenan á compás?

¿O quieres un soneto patético y profundo
que exprese de los celos el bárbaro furor,
y llóre, al fin y al cabo, la falsedad del mundo,
que trueca en oropeles las galas del amor?

Elige tú los versos, si hablar puedes dormida,
pues quiero que te sepan á gloria celestial,
como esos mantecados que engulles en seguida
las noches en que, espléndido, te llevo al Imperial.

Mas duerme cuanto quieras, mi dulce dueño,
que yo hablaré á mis anchas durante el sueño.
El sol que al mundo tuesta, quemando irrita;
á prolongar la siesta todo te invita;
y pues estás dispuesta, ¡duerme, Lolita!

Duerme entre tanto
que yo me aburro; ¡duerme,
que yo te aguanto!

II

¡Ay, Lola! Bien mereces lo mucho que te quiero.
¡Qué guapa estás! ¡Qué mona! ¡Si vales un millón!
No hay hembra que te gane ni en gracia ni en salero,
ni hay hombre que, al mirarte, no empeñe el corazón.

Tus brazos, que en mi cuello se enlazan cariñosos,
parecen dos cadenas de flores de azahar;
tus labios, que dibujan halagos voluptuosos,
se entreabren vagamente dispuestos á besar.

¡Qué grandes son tus ojos! ¡Qué frescas tus mejillas!
¡Qué largas tus pestañas! Tu talle ¡qué ágil es!
¡Parece que te han dado su ambiente las Vistillas;
parece que te han hecho con sal de Lavapiés!

Tus párpados ocultan los dos soles más bellos
que en rostros de mujeres poner quiso el Señor...
¡Detente; no los abras, para abrasarme en ellos!
¿No ves que estoy, paloma, rabiando de calor?

Duerme con mucha calma; duerme, lucero,
que yo con toda el alma siempre te quiero.
A estas horas se acuesta cualquier persona,
que el placer de la siesta nadie abandona.

¡Todo el verano es fiesta! Duerme pichona,
duerme entre tanto
que yo me aburro; ¡duerme,
que yo te aguanto!

III

¡Qué idea tan horrible! ¡Si fuera esta chiquilla
como otras, que al más listo traidoras se la dan!
¡Si sueña con un chulo la infame modistilla
mientras que yo, hecho un tonto, la arrullo con afán!
¡Dios mío! Si mis sueños dorados y felices
trocáranse en desdichas por causa baladí...
¡No me ando en pequeñeces, la rompo las narices
y al chulo mato luego si le hallo por ahí!
¿Qué he de hacer yo, si iluso, me embriago con caricias
y encuentro en sus miradas un fuego celestial?
Rabiar como un Otelo si pierdo esas delicias.
¡Sabrosa es la venganza, cual trozo de un panall
Mas no me creas, niña de mis entrañas,
ni temas que te riña si es que me engañas.
Me tiene sin cuidado que no me quieras,
pues ya me la han pegado cien costureras,
y nunca me he apurado por frioleras.
¡Duerme, niña, á mi lado, que aún hay solteras
muchas mujeres
que al olmo piden peras
en los talleres!



¡NO ESCRIBO!



TODO el album he leído
que esta tarde me ha traído
tu doncella...

¡Lo que yo me he divertido
con el album... y con ella!

La muchacha es vivaracha;
y aunque yo me creo ducho,
se me ha burlado quizás...

En fin, chica, la muchacha
vale mucho;

¡pero el libro vale más!

Unos cuantos señoritos
que te juzgan buen bocado,
en sus hojas han probado
que saben hacer versitos
muy bonitos.

¡Vamos, que estoy asustado!
y no me atrevo á meter
en tan buena compañía
y echarlo todo á perder
con alguna tontería
de las que yo suelo hacer.

Uno de ellos, por ejemplo,
tras de alzar á tu hermosura
lo que mereces, un templo,
asegura

que por el encaje *breve*
que orla tu cuello de nieve
y marfil (lo mismo da)
el cefirillo se atreve
á entrar amoroso... (¡Ah, pilló
cefirillo!

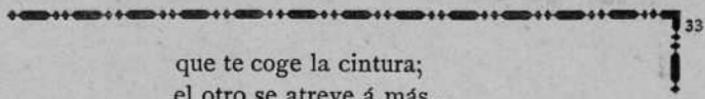
¡Ya sabe él adonde va!)
Según el mismo doncel,
tienes una cinturita
tan chiquita,
que con una mano él
te la aprisiona completa.

Es poeta
y exagera, por fortuna...
¡ó te ha tomado por una
figura de pandereta!
Después afirma otro tal,
muy formal,
que en tu boca puso Dios
el mejor de los rubíes,
y que cuando te sonríes
se parte, por gala, en dos.

Luego, el chico, deja preso
entre esas joyas un beso,
y se va por donde viene;
¡y eso tiene tres bemoles!
¡caracoles,
ya lo creo que los tiene!

Yo, que tengo que escribir
después, ¿qué voy á decir?
Al uno se le figura

Pólvora sola



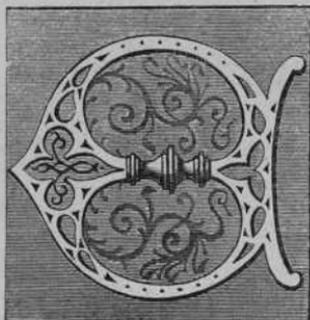
que te coge la cintura;
el otro se atreve á más...

Conque ¡á ver
lo que á mí me toca hacer
para no quedarme atrás!



HUMORADITAS

(IMITACIÓN DE CAMPOAMOR)



L mundo es una casa de pupilos,
donde no hay ocasión de estar tranquilos.
Todos hallan escasa su chuleta,
y se come los postres el más tuno;
¡se anuncia con gran pompa el desayuno
y nos traen chocolate de á peseta!

Hay niños de costumbres tan livianas
que compran ¡imprudentes!
las cajas de cerillas italianas.....
porque tienen figuras indecentes.

Fuí de los que creían
que piaban amor los rui señores.
Hoy pasé de la edad de los amores
¡y no sé lo que dicen cuando pían!

¿Hoy no le pegas y te besa ese?
Pues mañana le pides que te bese.

El pobre Blas, cuando llegaba Enero,
sentía la nostalgia del brasero.

El marido de Bruna
no es celoso ni fiero, por fortuna,
porque tendría que romper los dientes
á todos sus amigos y parientes.

Examinando el mundo al microscopio
se ve que todo en él es santo y bueno:
si un beneficio propio es el bien propio,
un bien propio es también el mal ajeno.

Blas ha dicho que mata á Beatriz
como llegue á cogerla en un desliz;
y ayer, cuando llamaron á la puerta,
la pobre Beatriz se dió por muerta.

Un tren de mercancías en España
es un manco que sube á una cucaña.



Ella le amaba á él y él no la amaba,
y ella de su desdén no se quejaba;
pues dice, y dice bien, que no oye quejas
el que tiene tapadas las orejas.

¿Que te han visto con Plácido en el huerto?
¡Pues que reviente Plácido si es cierto!

A un sabio le parece una simpleza
que se ponga el sombrero en la cabeza.

Ayer de celos y de rabia ciego
á su nido de amores pegó fuego.
Hoy está fabricando el pobrecito
otro nido de amores más bonito.

En lugar de matar á Violante,
harto el marido se la dió al amante;
y el que, ajena, la amó con desvarío,
cuando suya la vió, murió de hastío.

Un beso por sorpresa
es una tontería del que besa.

Dispensa, Julia mía,
si pinto mi pasión tan á deshora.
La música de amor arrulladora
es lo mismo que el pito del tranvía,
que se oye más de noche que de día.

Sueña la hermosa Juana
que se casa con Pepe una mañana,
y queda, al despertar, la pobrecita,
una viuda ilusoria muy bonita.

A creer á unos cuantos calaveras,
no hay honor en casadas ni solteras...
¿Quién será el burlador? ¡Porque no han sido
los que yo he conocido!....

Sé que has visto á tu novio, picarilla,
porque tienes tabaco en la mejilla.





¿QUE QUIÉN SOY YO?

PUES mire usted, yo me llamo...
pero el nombre es lo de menos;
soy, en opinión del amo,
un oficial de los buenos.

Y en Madrid, si usted me apura,
no encontrará, no señor,
quien haga una cerradura
en menos tiempo y mejor.

Soy feliz y vivo ahito
como un Príncipe imperial;
¡más feliz que el señorito
que vive en el principal!

Siempre que nos encontramos
en la escalera, se para
para mirarme así... vamos,
como si me despreciara.

Y es que el hombre se figura
que mi pobre blusa viene
á amargar una ventura
y una dicha... que no tiene.

Esta gorrilla de seda
la pagué con mi dinero;
¡le desafío á que pueda
decirlo de su sombrero!

A mí, por guapo y buen mozo,

me quiere una cigarrera,
que se tiraría á un pozo
en cuanto se lo dijera.

Y si se atreve un chulapo
á querer que se deslice
le despide de un sopapo
y en seguida me lo dice,
por que si se me desliza
y yo lo averiguo, ¡zas!
la pego un pie de paliza
y luego me quiere más.

A él le engaña una... cualquiera
y él paga... lo convenido;
¡como si así se pudiera
querer á ningún nacido!

En trajes, coches y abonos
se gasta el caudal entero,
y se le pone de monos
cuando no tiene dinero.

Con su lujo y con su moza
que manda y se le subleva,
el infeliz cree que goza
¡pero buen chasco se lleva!

Mientras él en los salones
llenos de luz y de gente
con danzas y cotillones
se aburre infinitamente,

yo, al compás de la habanera
de alguna murga endiablada,
bailo en mitad de la acera
abrazado á una criada,

que no quiere resistirme
y se rinde en un segundo...
¡y me divierto de firme
delante de todo el mundo!

Yo pillo una borrachera
los domingos por la tarde,
y pinto un chirlo á cualquiera
que me trate de cobarde.

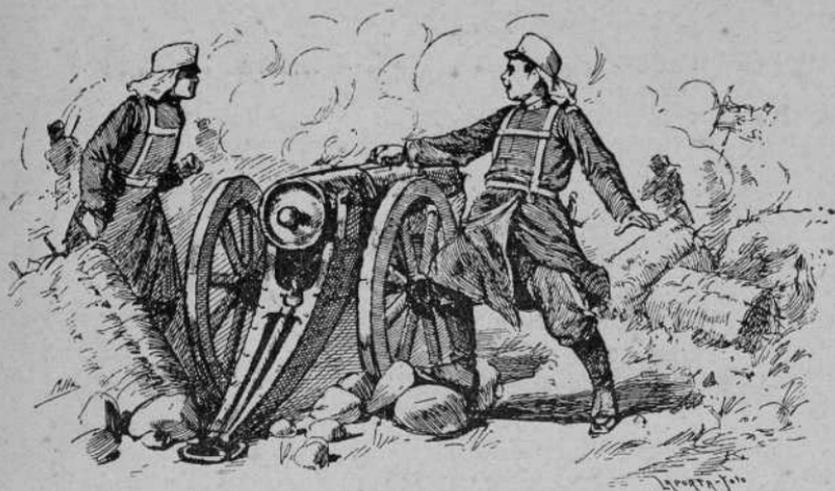
Él se achispa con Jerez;
y aunque en mí sea inmodestia,
es más soso, y más soez,
y más grosero, y más bestia.

Cuando se ve en un apuro,
se empeña, porque es preciso,
y yo siempre tengo un duro
si se ofrece un compromiso.

¡Y me desprecia el gandul
cuando me ve en la escalera,
porque tengo blusa azul
y no me pongo chisteral

¡No se entera el pobrecito
de que es este menestral
más feliz que el señorito
que vive en el principall





LA BATALLA

NADA al enemigo abate!
La lucha se recrudece
y la tierra se estremece
con el fragor del combate.

Allá, en el ala derecha,
truenan la fusilería;
avanza una compañía
y retrocede deshecha.

¡Vuelta al ataque! ¡otro amago!
¡más arrojol! ¡más estruendol!
¡y van sin cesar creciendo
la mortandad y el estragol!

Siempre el ejército halla
ruda y fiera obstinación
en dos casitas que son
el foco de la batalla.

Blancas, humildes, pequeñas,

unidas por unas bardas
parecen dos abutardas
descansando entre las breñas.

Y Gil al pie de un cañón,
impasible al parecer,
puede apenas contener
en el pecho el corazón.

Y se comprende en seguida:
¡de aquellas dos casas, una
es suya, y otra de Bruna,
su amor, su sueño, su vida!

Juntos crecieron allí
y se amaron sin saber...
¡siente impulsos de correr
al peligro!—¡Tatatí!

¡Alto el fuego! la corneta.
Se agrupan los pelotones
¡y allá van seis batallones
cargando á la bayoneta!

El choque es breve y sangriento;
la columna, rechazada,
huye deshecha y diezmada
para volver al momento.

—¡A ver esa batería!
¡aquellas chozas abajo!—
Y comienza su trabajo
destructor la artillería.

El pobre Gil, loco y ciego,
no se da cuenta de sí.

—¡Ese cañón! ¿qué hace ahí?
¡á escape, á romper el fuego!

Amor, familia y hogar...
¡Gil no dispara! ¡imposible!...
La ordenanza es inflexible,
¡ó morir, ó disparar!

Prende mecha, tiende el brazo,
el cabo le hace una seña,
y al rechinar la cureña
suena el primer cañonazo.

Después... tiembla de emoción;
pálido, convulso, frío,
exclama:—¡Gracias, Dios mío!—
y cae al pie del cañón.

Fiero dolor le traspasa,
pero el amor ha triunfado.
El proyectil ha estallado
¡pero ha estallado en su casa!

.....
(¡Vano arranque juvenil
¡caprichos de la fortuna!
Al caer la bomba... ¡Bruna
estaba en casa de Gill)





INOCENCIA

TIENES sueño? ¡Pues cuidado!
¡No hay que dejarle venir!
Ahora mismo se ha marchado
la niñera, y me ha encargado
que no te deje dormir.

¡Es preciso ser valiente
porque es una acción villana
que luego, al día siguiente,
pongas en vilo á la gente
á las tres de la mañana.

¡Despabilate un momentol
¿Dices que no puedes? ¡Bah!
Buscaré entretenimiento...
¡Te voy á contar un cuentol
¿Quieres? ¿Sí? Pues allá va:

—
Un ratoncillo inocente
estaba royendo un tomo
de física. De repente
salió un gato, le hincó el diente
y le hizo daño en el lomo.

Al recibir la impresión
de la caricia cruel
le dió un vuelco el corazón,
y el gatazo retozón
empezó á jugar con él.

Uno débil, otro bravo,
el fin de aquel trance fiero
fué que el ratón perdió el rabo
y que, por chiripa, al cabo
pudo dar con su agujero.

Y... ¿te duermes? ¡Voto á cien!
¡Chiquilla más fastidiosa!
¡Malhaya tu sueño, amén!...
¿Que eso no te gusta? Bien;
pues te contaré otra cosa.

—
Este era un lorito real,
traído desde el Perú.

Preciosísimo animal,
sesudo, grave y formal;
¡mucho más formal que tú!

La criada le quería,
y si sobraba un pastel
corriendo se lo traía,
y al dárselo, se reía,
á carcajadas con él.

Ella gritaba:—¡Lorito!
y él respondía:—¡Borrachal
hasta que un día el maldito
de la jaula despacito
se salió... ¡Pero, muchacha!
¡Tú me vas á volver loco!
¡Dormida! ¡qué atrevimiento!
¿Qué no te gusta tampoco?
Debía llamar al coco,
pero, en fin, ahí va otro cuento:

Una noche, allá en Jerez,
robaron á un labrador
nueve bandidos ó diez...
¡Ya te has dormido otra vez!
Pues oye, que este es mejor:

Una niña, un serafín
de dieciséis primaveras,
y un chico de Albarracín,
se querían con buen fin
y se querían de veras.

Una noche del estío
en inocente escarceo
de amoroso desvarío,

por el bosque, junto al río,
fueron á dar un paseo.

Y el diablo, que en todos lados
y á todas horas enreda
con propósitos malvados,
dejó á los dos desgraciados
solitos en la arboleda.

Las almas enamoradas,
ambos corazones presos
entre cadenas doradas,
se cruzaron las miradas
y se cambiaron los besos.

Él apasionado ardiente;
ella, al fin, débil mujer;
mansa y leda la corriente,
aromático el ambiente...
¿qué había de suceder?

¿Quién se resiste á un antojo?
El caso es que el chico... ¡mientol
la chica perdió el sonrojo...
¡Hola! ¿vas abriendo el ojo?
¡Pues, hija, no te lo cuentol

EL MEDIO AMBIENTE



A buena doña Luz me desespera,
diciendo que su niña
es la virtud andando, y no exagera;
pues por mucho que escarba y escudriña
la gente maliciosa,
no hay miedo que la muerda y la critique;
que es difícil hallar alguna cosa

que al honor de la niña perjudique.
Pero esto, aunque es verdad, no es un motivo
para tostarme vivo,
contándome una historia
que sé, como quien dice, de memoria.
¿Que la bella Fernanda se ha educado
tan admirablemente,
que un hombre puede amarla sin cuidado,
llevando alta la frente?
¿Que nunca la mamá la dejó sola,
como dejan algunas á sus hijas,
y no ha llevado novios á la cola,
y la dió la moral que la acrisola
leyes eternas, inmutables, fijas?
¿Que no ha tenido nunca devaneos,
ni bailes, ni paseos,

y no sabe de amor ninguna cosa,
y es sencilla, y modesta, y hacendosa?
Pues viene á resultar que es buena chica,
sí, pero eso no indica
que sea tan feliz como Dios manda
el sujeto que cargue con Fernanda.
¿Por qué? Pues la razón es muy sencilla.
Hubiérase criado la chiquilla
sirviendo de criada ó de niñera
en casas donde hubiera señoritos,
ó haciendo gorgoritos
en los coros cantados en hilera,
acechada por tunos y gomosos,
alegres, atrevidos y viciosos;
hubiérase educado en los talleres
ó en las horchaterías,
donde todos los días
hace caer el diablo á cien mujeres,
donde cuesta una lucha porfiada
el penoso deber de ser honrada...
¡Y si lo fuera en tales condiciones
no habría que temer las tentaciones!
Lo que nunca ha pasado, luego pasa.
La mujer que se casa,
á la vez que marido
toma una libertad que no ha tenido:
la de lucir el talle
paseando solita por la calle.
Y habiendo tantos pillos y traidores
que esconden las espinas y echan flores,
es fácil, según creo,
que salga á relucir, por un descuido,
el instinto fatal del coqueteo,
durante tantos años escondido.
No se me importa nada

Pólvora sola

50

que de esto piense el mundo lo que quiera;
pero á mí se me ocurre una bobada:
¡que si ha de claudicar cuando casada,
más vale que claudique de soltera!

.....
¿Cómo se ha de elegir? Me vuelvo loco
siempre que me echo á meditar un poco.





ROMANCE CABALLERESCO

FUE director Blas Mediano
(hace seis años lo menos)
de un diario muy formal,
muy importante y muy serio,
donde lo mejor de España
derrochó gracia y talento.
Blas Mediano, que es un zote
sin una pizca de ingenio,

desde aquella fecha ocupa
 lucrativos y altos puestos,
 y es honrado y atendido
 y tiene influencia y crédito.
 Pues bien: ayer me ha enviado
 en papel vitela envuelto
 el album de su señora
 en demanda de unos versos.
 Y yo, que soy muy amable,
 muy cortés y muy atento,
 le escribí en seguida este
 romance caballeresco:

Garci-Fernández de Utrera,
 mozo garrido y apuesto,
 de las fiestas alegría
 y encanto de los torneos,
 fué contra el moro á la guerra
 al frente de sus pecheros.
 Bota de ante, espuela de oro,
 cintillos, lazos y flecos,
 trusa y justillo de raso,
 birrete de terciopelo
 con una plumita blanca
 que ondea al soplo del viento;
 forrado el cuerpo de malla,
 forrado el corcel de hierro,
 viéronle marchar las mozas
 llorando como chicuelos.
 Con su férrea maza al hombro
 fué García el mesnadero
 envuelto en un sayo burdo,
 sin bordados ni floreos,



con su cara de demonio
 y sus músculos de acero.
 Nadie salió á despedirle,
 y, entre el gentío revuelto,
 al compás de los clarines
 se fué alejando en silencio.
 ¡Buena fué la escaramuza!
 ¡Bien los cristianos lo hicieron!
 Como gamos perseguidos
 huyeron los agarenos,
 llevando los alquiceles
 de sangre y lodo cubiertos.
 Nadie vió á Garci-Fernández
 su gallardía luciendo,
 ni tomó entre los herejes
 como entre las damas puesto,
 ni ondeó la blanca pluma
 entre el grupo de guerreros.
 ¡Qué bien se portó García
 del combate en lo más recio!
 ¡Cómo apabulló turbantes
 y pulverizó los huesos
 á los golpes de su maza,
 duros, continuos y secos!
 ¡Siempre en la primera fila,
 siempre del combate en medio,
 defendiendo su bandera
 brazo á brazo y cuerpo á cuerpo!

 Ya la hueste del de Utrera
 torna vencedora al pueblo,
 envuelta en nubes de polvo
 y arrancando al sol reflejos.
 Garci-Fernández, al frente
 sobre un potro malagueño,



como la girafa airoso,
como el azabache negro,
viene enseñando á las gentes
sus bandas y sus plumeros.
El garrido mozo avanza
como en triunfo, recogiendo
suspiros de las doncellas
y lágrimas de los viejos.
También vuelve el buen García
en su sayo burdo envuelto,
con la maza sobre el hombro
y una ancha herida en el pecho,
formando en la interminable
fila de heridos y enfermos...
¡Ni una lágrima, ni un grito,
ni un suspiro, ni un consuelo!



CONATO DE SEDUCCIÓN



JULITA de mis ojos:
sufres acaso
duelos por mí.
Pero ¡ay! que no son flojos
los que yo paso
lejos de tí!

Mi familia no quiere
que yo te quiera,
no sé por qué.

Y puesto que prefiere
que yo me muera,
me moriré.

Ante una tiranía
tan importuna,
sin tón ni són,
debemos, Julia mía,
tomar alguna
resolución.

Tú no te desesperes,
que la constancia
nos salvará.
Burlemos, si tú quieres,
la vigilancia
de tu mamá.

Bajo cualquier pretexto
sal esta noche
con precaución.
Ya estaré yo dispuesto;
tomas un coche
y á la estación!

Verás cómo concluyen
nuestros afanes
en el exprés.

Si no me los destruyen,
tengo mis planes
para después.

—

Ya sé yo que nos cogen
y que se enojan
del *qué dirán*.
Pero como se enojen,
cuando nos cojan,
nos casarán.

—

Por favor, no te irrites
y no sospeches
de mi intención.
Te ruego que medites
y que aproveches
esta ocasión.

—

No te apures gran cosa
por los bromazos
que nos darán.
Que al fin, serás dichosa
entre los brazos
de tu JULIÁN.»



LA DEFENSA



ULIÁN: ¡Eres un pillol
¿Te has asustado?
Pues sí señor.
¿Conque un rapto es sencillo?
¿Quién te ha enseñado
que eso es amor?

Veo que te propones
tus picardías
disimular.
¿Son esas intenciones
las que tenías
al empezar?



¿Querías ¡fementido!
seguir mis huellas
con ese fin?

¿Es que me has confundido
con las doncellas
de folletín?

—

Comprendo que te apene
si es que te pesa
la oposición;
pero eso nada tiene
que ver con esa
resolución.

—

¡No digas que te mueres!
Para que veas
que no es verdad,
más vale que te esperes
hasta que seas
mayor de edad.

—

¡Si la ley nos auxilia!
¿Dirás ahora
que qué sé yo?
Lo sé por la familia
de una señora
que se escapó.

—

Ya te veo, besugo.
¿Tienes deseos?
¡Por algo es!



Pero yo no me fugo,
¡me dan mareos
en el exprés!

—

Si ya has tomado el coche,
que no lo creo,
vete sin mí,
y aprovecha la noche
dando un paseo
por Chamberí.

—

Pues aunque tenga gusto
de que me estrechen
con ilusión,
no me parece justo
sin que nos echen
la bendición.

—

Y, adiós, amigo mío.
¡Yo bien decía
que eras un vill
Ya de tí no me fio.
JULIA GARCÍA,
(*Nueve de Abril.*)

—

INCIDENTE PARLAMENTARIO



En un discurso prolijo se defendió Su Excelencia, y á pesar de su elocuencia nadie sabe lo que dijo.

Sin embargo, al concluir hubo aplausos oportunos, y hasta querían algunos hacérselo repetir.

De antemano se sabía que en el asunto en cuestión

no habría interpelación, debate, ni algarabía.

Así es que causó sorpresa el arranque inesperado con que un joven Diputado pidió permiso á la Mesa.

Curiosidad, sensación hubo en la Cámara entera.

—¿Quién es?—No lo sé.—Cualquiera.

—Un infeliz.—¡Del montón!

(Una pausa regular.)

El buen hombre no podía

romper á hablar. Parecía
que no acertaba á empezar.

Pullas, risitas, rumores...
hasta que, viendo el bromazo,
dió al pupitre un puñetazo
y airado exclamó:—¡Señores!—

Miró á la tribuna. Allí
estaba su amor... ¡Qué bella!
Se encaró el hombre con ella
murmurando:—¡Va por tí!—

Y comenzó su oración
valiente, digna, elevada...
¡Fué un discurso de acerada
rudísima oposición!

Pálido el Ministro oía
el capítulo de cargos,
duros, crueles y amargos...
Temblaba la mayoría

dándose *in mentis* al cuerno.
¡Ante aquella voz potente,
se estaba viendo inminente
la caída del Gobierno!

Al terminar el discurso
sólo en el salón se oía
el rumor con que aplaudía
entusiasmado el concurso.

Tanta era la admiración
que, con justicia, causaba
el orador que brotaba
de las sombras del montón.

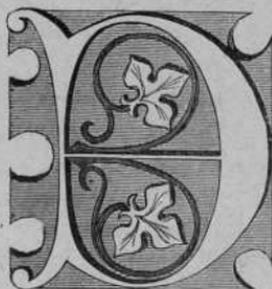
.....
Alegría sin igual
sentía en el alma, cuando
fué á la tribuna buscando
á la mujer ideal.

Por ella luchó valiente
en la desigual querella;
¡suyo era el triunfo! ¡Por ella
había estado elocuente!

Y ella... ¡cosa singular!
también hubiera aplaudido;
¡pero se había dormido
sin poderlo remediar!



PROFESIÓN DE FE



ONA Rosa, mi amiga carifiosa,
(una mujer que ha sido muy hermosa)
me escribe antes de ayer, me llama guapo,
(esto se lo tolero)
y á la postre me pone como un trapo
y me llama *infeliz*... ¡Y eso no quiero!

La causa, aquí *inter nos*, me importa un pito:

mi carácter me impide, según ella,
disfrutar del amor dulce, infinito,
puro, santo, bendito,
que hace la vida soportable y bella.
Yo no puedo escribir, por las señales,
la página brillante que en su historia
graban otros mortales...
su esposo, por ejemplo, que esté en gloria.

¡Voto va á Dios, señora, que me altera,
me confunde y me humilla
que me calumnie usted de esa manera!
¡Yo tengo un corazón como cualquiera
y me voy á quitar la mascarilla!...

.....

Yo comprendo el amor grande, sublime,
la pasión, el delirio
que el alma aprieta y el cerebro exprime,
que enaltece y redime
y conduce á la gloria ó al martirio.
Divinizar un sueño, una quimera;
gozar con la ilusión, con la mentira;
rendir á una mujer el alma entera
y embriagarse en el aire que respira.
No la furia brutal, loca y salvaje,
que ciega y arrebatada
y que toma venganza de un ultraje
y acaricia un momento y luego mata.
Otelo no es un hombre, es una fiera
que estruja el corazón del sér amado.
¡No son amor los celos! ¡Son la hoguera
que alimenta el orgullo lastimado!
Ó se quiere, señora, ó no se quiere;
¡el que ama de verdad no mata, muere!

Dirá usted, de seguro,
que si obtiene perdón la que se adora
al menos el castigo será duro
para el rival... ¡Tampoco, no señora!

Él ganó la batalla,
rindió su corazón con buena estrella,
y aunque sea un villano y un canalla,
es sagrado también, ¡sólo por ella!

Yo no he querido aún; pero si quiero,
y en eso he de parar al fin y al cabo,
la aviso á usted primero:

jella será la reina, yo el esclavo!

¿Que es perjura y traidora,
y el alma hiere y el honor afrenta?
¿Qué importa? ¡Infame y todo se la adora,
y se sufre, y se calla, y se revienta!

No me explico la cosa de otro modo;
lo demás es mentira; ¡ó nada, ó todo!

.....

Conste, pues, doña Rosa,
aunque usted no perdone la franqueza,
que el amor que yo entiendo es... una cosa
que no le cabe á usted en la cabezal (1)

-
- (1) Esto lo digo por salir del paso
y por ver si me escapo de sus redes;
pero exágero mucho, y por si acaso...
¡no me crean ustedes!



DEL RASTRO



MARIQUITA la del chirlo
es moza de rompe y rasga,
que sin la señal maldita
sería bastante guapa.

Dice ella que se ha quemado
al asar unas castañas;
pero la verdad es que eso
se lo hizo con la navaja

un *cabayero* del barrio
por *custión* de unas palabras.

Que allá en la Ronda de Atocha,
cuando los hombres se cargan,
no se portan como deben
con el cutis de las damas.

Y hay que tener muy en cuenta
que la chiquilla es huraña,

y le arrima dos sopapos
á su padre, si la falta.

Dígalo Pepe el moreno,
que por subirse á la parra,
dejó en mitad del arroyo
dos dientes como dos palas.

Y díganlo los vecinos
de chaquetilla y *persianas*,
que por verla ó por no verla
¡se dan unas bofetadas!...
y tiemblan como chiquillos
cuando ella se pone en jarras.

Porque ¡claro! es lo que dice:
—¡*pus* si una no fuera honrada
de suyo, y se defendiera
á golpes, como Dios mandal...
¡qué más quisieran los *piyos*
pa darse *eyos* importancial

En punto á gritar de firme
y decir cuatro palabras,
las lenguas más indecentes
del barrio no la aventajan.

Porque tiene un repertorio
procedente de la Fábrica,
que saca al mismo lucero
los colores á la cara.

Y cuando el mantón se terciaba
y en el arroyo se planta
y el pañolito de seda
se anuda al cuello con rabia,
es lo mismo que un trabuco
detrás de una barricada,
que apuntando al enemigo
deshace á todo el que pasa.

Es María la del chirlo,

por su nombre y por su fama,
digna heredera de aquellas
manolas de rompe y rasga,
que á navajazos hacían
la defensa de la patria;
cuerpecitos salerosos
llenos de garbo y de gracia,
donde el Capitán del siglo
se vino á romper el alma.

Yo no sé si Mariquita
tendrá también su navaja
entre la liga de seda,
como dicen que se gastan.

¡Vayan ustedes á verlo!
pero advierto á los que vayan,
que si buen gusto demuestran,
¡buen puñetazo se ganan!





LA FIEBRE

(DESDE LA CAMA)

HOLA! ¿Qué es eso? El pulso se me ha alterado.
¿A ver? ¡Si tengo el rostro desencajado!
Toda la piel abrasa, casi no veo...
Pues señor, está visto que me mareo.
Permitidme, señores, que lo celebre;
¡os conozco de sobra, señora fiebre!

Y aprovecho el detalle de no estar bueno para tomar apuntes sobre el terreno.

Pues si no, ¿de qué diablos me serviría el haber estudiado patología?

Por su cauce ordinario rápidamente pasa, se agita y torna la sangre hirviendo, y los glóbulos rojos, entusiasmados, bajan, suben y bailan amontonados.

¡Jesús, qué remolinos y cuánta gresca! Allí ninguno sabe lo que se pesca.

¡Día de fiesta tienen los endiablados y hay jaleo y belenes por todos lados!

Las células aguantan pacientemente la fuerza que en su curso lleva el torrente, y á los golpes tremendos y regulares, estremecidos tiemblan los capilares.

Se verifican muchas transformaciones y por do quier se activan las combustiones; hay más fuego, más vida, ¿qué duda tiene? ¡Pero á mí esta jarana no me conviene!

En esas misteriosas profundidades brotan las más terribles enfermedades, y tiene poca gracia tanto misterio si para en el camino del cementerio.

¡Si yo tuviera abonos, coches, hoteles, y una vida tan dulce como las mieles, por Dios que no tratara con tal cinismo estas alteraciones del organismo!

Pero aunque la existencia sea muy corta, para lo que la gozo ¿qué se me importa?

El infeliz que lucha contra la muerte, es objeto sagrado para la muerte,

y aunque le pille en cueros la noche fría,
no tendrá ni un amago de pulmonía.

El cáncer y la tisis ¡buen par de fieras!
le miran y le dicen:—¡eso quisieras!

Y así explicado queda que no me apura
este conato débil de calentura...

¡Hola! ¡cien pulsaciones!... ¡Buena es la prueba!

¡Pues se fastidia el diablo, que no me llevé!

Mañana me levanto de madrugada;
soy infeliz y pobre... ¡no será nada!





EL PRIMER BESO

DAME un beso; Amalia.

—¡No!

que es un pecado mortal.

—O te han informado mal
ó estoy engañado yo.

¿Cómo tan dulce consuelo
del alma puede ser grave,
si el amor puro es la llave
que abre las puertas del cielo?

—¡Ay, no! tú engañarme quieres,
pues me ha dicho el confesor
que siempre ha abierto el amor
el infierno á las mujeres.

Martirio horrible y eterno,
según dice el catecismo...
¡Qué! ¿tal vez no crees lo mismo?
¿Sabes tú lo que es infierno?

—Yo creo que debe ser
un calabozo escondido
donde Dios ha prohibido
dar un beso á una mujer.

—¿Y nada más?

—¡Nada más!

¿qué más tormento, querida,
que una eternidad perdida
sin dar un beso jamás?

¡Vamos! no seas ingrata
y bésame sin cuidado;
que si nos mata el pecado
también la pasión nos mata.

Roza mis labios sedientos
con esos húmedos labios,
y olvídame de los sabios
que te predicen tormentos.

¡Amalia! ¿No me le das?
Junta tu boca á mi boca...
¡así! Dame otro. ¿Estás loca?
Otro... ¡Otros dos! Tres, más... ¡más!

¿No sientes partir de aquí
un torrente de placer

que inunda todo tu sér
de un fluído extraño?

—Sí.

Pero... ¿qué diré, ¡Dios mío!
si al contar mi desventura
me pidiera el señor cura
cuentas de tal extravío?

—Dices... que no puede ser,
aún llevándolo al exceso,
que sólo por dar un beso
se condene una mujer.

—¡Ya sé yo que no es verdad!
pero él...

—¡Bah! si se incomoda
dices que me cargue toda
la responsabilidad.

¡NO ME ARREPIENTO!



ADRE! ¡tenías razón!
Es tarea fastidiosa
escribir, sin tón ni són,
ayer en verso, hoy en prosa...

Y este incesante mareo
que aburre y que desespera,
es muy capaz ¡ya lo creo!
de volver loco á cualquiera.

No es extraño, madre mía,
que la vida se derroche;
café y redacción, de día;
café y redacción, de noche...

¡El que al fuego corre ciego
claro es que se ha de abrasar!
¡Y yo me voy hacia el fuego
sin poderlo remediar!

De cada cien que desean
ir de la gloria al andén,



noventa y nueve se apean
antes de salir el tren.

Lo sé; pero no me avengo
con la duda, ni me humillo.
¡Perdón, madre, pero tengo
el billete en el bolsillo!

¿Llegaré? Dios lo dirá.
¡De fijo opinas que no!
¡Lo chocante es que voy ya
creyendo lo mismo yo!

¿Que la infame Musa mía
me separa de tus brazos
para andar de noche y día
con la suerte á puñetazos?

¿Que la fiebre abrasadora
me consume? Ya lo sé.

¿Que sin cesar me devora?

¿Que me mata? ¡Bien! ¿y qué?

¿Que estoy flaco y con ojeras,
que ya mi sombra no soy?
No es extraño. ¡Si supieras
lo divertido que estoy!

Pero esto es cosa de guasa,
porque ya me he convencido
de que todo el mundo pasa
la vida muy divertido.

Sé que esta lucha maldita
durará bastantes años,
y, al fin, tendré una bonita
cosecha de desengaños.

Comprendo que el ideal
con que sueño y soñaré,
por mi bien ó por mi mal,
está lejos. ¡Bien! ¿y qué?

Verdad es que, aunque le pese

al desdichado que empieza,
grita el mundo:—¡Darle á ese
que va á sacar la cabeza!

¿Que en eso precisamente
te fundas para decirme
que mi empeño es imprudente
y que debo arrepentirme?

¡Por Dios, madre! ¡eso jamás!
Saldré mal ó bien, según;
¡pero el que se vuelve atrás
es un pedazo de atún!

Fijo siempre en una idea
emprendí con fe el camino,
¡y es necesario que vea
lo que hace de mí el destino!

¿Que será triste el final
que me espera? ¡Ya lo sé!
¡Morir en el hospital
pobre y solo!... ¡Bien! ¿y qué?





CONTAGIO

LUISA, niña angelical
y modelo de candor,
tenía ¡suerte fatal!
un grano fenomenal
en el labio superior.

Aquello era un sinapismo;
le mordía, le pinchaba

con espartano heroísmo,
y el grano ¡siempre lo mismo!
ni subía ni bajaba.

Al fin, cansada y rabiosa,
y por probarme quizás,
se me acercó ruborosa
á pedirme... poca cosa,
la curación nada más.

Yo accedí con mil amores,
y estudié días enteros
la afección, en los mejores
y más célebres autores
nacionales y extranjeros.

Expuse en frases prudentes
el tratamiento oportuno,
sus ventajas más salientes...
¡y hasta los inconvenientes
la dije, sin dejar uno!

Ella insistió muy formal;
yo quise hacerla un favor,
y al cuarto de hora cabal...
me salió otro grano igual
en el labio superior.

¿QUÉ ES AMOR?

(PARODIA DE CAMPOAMOR.)

EN Babia te encuentras, preciosa Dolores,
queriendo engañarme con falso candor,
y pidesme coplas, suspiros y flores,
y quieres que diga qué cosa es amor.

¡Dejad los talleres, dejadlos á prisa
no hagáis más pitillos, dejad de coser!
La Pepa, la Lola, la Amparo, la Luisa,
graciosas barbianas, ¿qué cosa es querer?

—Querer á un endino—comienza la Lola—
es darle cigarros sin tón y sin són;
¿pa qué? Pa que aluego la deje á una sola
y almuerce con chulas en un bodegón.

—Amar á un silbante de copa y aldilla—
contesta la Amparo—no es chicha ni es ná.
Querer á un pimpollo de faja y gorrilla,
es como quien toma café con tostá.—

¡Perdóneme el mundo si traigo al tintero
la sal que á montones vertió Lavapiés,
y evoco los nombres que encierran salero;
la Trini, la Paca, la Antonia, la Inés!

Dejad los peroles, dejad la cocina,



tirad los mandiles y echad á correr;
Venancia, Facunda, Nicasia, Martina,
¡fregonas ilustres! decid: ¿Qué es querer?

Decidme si es lazo que el alma sujeta,
ó es sólo un suspiro, un beso, una flor;
Emilia, Matilde, Clarita, Marieta,
¡modistas preciosas! ¿Qué cosa es amor?

La Trini responde:—Querer á un perdío
que un día da besos y al otro guantás.

—Amor—continúa Matilde—es un lío
que siempre en la calle se lleva detrás.

—Amor pierde—dicen Clarita y Marieta;—
toditos los hombres á cual son peor.

—Es—dice Martina—como un chuleta
que á espaldas del ama se da al aguador.

Y Paca, que es una gentil cantaora:
—Tomar unas cañas con cuatro gachés.

Y dice Facunda:—Dejar la señora
por ir con un cabo que paga cafés.

—Reinar en el alma—la Antonia prosigue—
de algún estudiante de Cuenca ó Chinchón.

—Querer á un hortera que el ansia mitigue—
prorrumpe la Emilia—de mi corazón.

Nicasia:—Un barbero que ronde mi reja
y me eche piropos allá en el lugar.

Venancia:—Yo quiero bailar en la Teja
por todú lo altú con un melitar.

¡En fin! ¿Qué se siente, pasión ó capricho?

¡Aquí las modistas! ¡Los chulas aquí!
Decidme entre todas lo que es ese bicho
que á todos nos tiene revueltos así.

—¡Gozar!—dice Amparo.—Nicasia:—¡El barbero!

Marieta:—Un suspiro que aplasta á un señor.—

La Pepa y la Lola:—¡Sacar el dinero!—

Emilia:—¡Una dicha!—Clarita:—¡Un dolor!

¡Silencio, muchachas! que sois unas locas,
y no sabéis nunca decir qué es querer.

Ni tontas, ni listas, ni muchas, ni pocas;
¡el mismo demonio que os pueda entender!

¡Largáos, sirenas de algunos pazguatos
que os hacen sonetos, por cierto muy mal;
que hacéis que los hombres se den malos ratos
y algún inocente se arroje al Canall

Morenas ó rubias, ¿sois todo, ó sois nada?
vivir sin vosotras ¿sería peor?...

.....
Y ahora, Dolores, que estás enterada,
responde si puedes: ¿Qué cosa es amor?





B. L. P.

á la señora Martínez
el que más abajo firma,
y, con harto sentimiento
de su corazón, avisa

que no se siente con fuerzas
para asistir á la gira
con que obsequia á sus amigos
y da expansión á sus niñas.

—

Y ya que de mi franqueza,
rayana en la grosería,
en esa tertulia cursi
sacan motivo de hablillas,
añadiré que no quiero
ir á ponerme en berlina,
con cuatro muchachas locas
y cuatro necios, sin pizca
de educación, que no saben
más que hacer majaderías.
Además, no me entusiasma
eso de comer tortilla
y bailar con organillo,

el *schotish* de *La gran vía*,
y jugar á quien abraza,
y apostar á quien pellizca,
y andar dando volteretas
y tirándose bolitas.

Y ya que estoy en camino
permítame que la diga
que hace usted una bobada
con esas excursioncitas.
¿Le parece á usted decente
el llevar á sus sobrinas
á que beban vino malo
en tan malas compañías,
y á que bailen apretadas
y... se les vaya la vista?
Claro está que se divierten
de firme las pobrecillas;
pero no les hacen falta
diversiones con malicia.

Pasen los juegos de prendas
en torno de la camilla,
y las lecturas de versos
y las arias de *Lucta*,
porque de alguna manera
se han de colocar las chicas,
y no habrá novio posible
si ninguno las visita;
pero sacarlas al campo
para que hagan monerías
y retocen en la hierba
mientras la moral peligra...
eso es muy grave, señora,
porque, aunque usted imagina
que esos chicos tan amables,
con sus corbatas de pintas

y sus chalecos de rayas,
son unas almas benditas,
la ocasión hace al granuja,
y es prudente prevenirla,
porque los hombres sabemos
muchísimas picardías...

Conque divertirse mucho
y que de salud les sirva,
y tenga usted, si es que puede,
cuidado con las sobrinas
que no serán, á ese paso,
buenas madres de familia.

No es que yo crea que sufran
importantes averías;
lo que sé es que, por lo menos,
el candor sí se lo quitan.





¡HALA, HALA!

DEJÉ la ropa en la orilla
y me lancé á la corriente,
para que viera la gente
los hombres que da Castilla.

Rióse al verme la tropa,
y hubo personas honradas
que me tiraron pedradas
y me quitaron la ropal

Pero yo, que no soy blando
para los golpes de audacia,

y no creo en la desgracia
del que no la va buscando,
seguí atravesando el río,
sufriendo días aciagos,
y pasando muchos tragos
de padre y muy señor mío.

Porque al punto en que se choca
con el raudal de la vida,
en cuanto uno se descuida
se llena de agua la boca.

Además, ¡hay tantos peces!
¡Está aquel cauce tan hondo!
Yo estuve si voy á fondo
lo menos doscientas veces.

Y para acabar la fiesta,
he logrado echar el guante
á un junquillo vergonzante
que flota en la orilla opuesta.

El caso es apuradillo;
y como mi gente sabe
que va á pasar algo grave
si se me rompe el junquillo,

—¡Socorro!—grito á mi gente—
¡ya que me falta tan poco!
Los que más, contestan:—¡Loco!—
Los que menos:—¡Imprudente!—

Si lo quiero, que lo gane
ó que me rompa el bautismo...
¡Siempre el maldito egoísmo,
que mala bomba le aplane!

Y yo, que estoy desangrado,
y sin fuerzas, y abatido,
y ni sé cómo he podido
llegar á donde he llegado,
no he de dejar de luchar

casi á la boca del puerto,
y más cuando sé de cierto
la ayuda que he de esperar.

Podrá entumecerme el frío
y podrá el agua cegarme;
pero ahogarme, ¡qué he de ahogarme!
¡primero me sorbo el río!





EN LA CÁRCEL

QUE pregunten en el barrio
por Perico el tapicero,
y á ver si dicen que hay otro
ni más *honrao*, ni más bueno.
Yo no he *entrao* en la taberna
más que los días de incienso,

y siempre he bebido un vaso,
poco más, ó poco menos,
lo cual que un hombre, si es hombre,
no es un borracho por eso.
¿Que tengo navaja? ¡Claro!
¡Pus hombre, estaría bueno
que uno saliera sin armas
pa que le dejaran seco!
Estoy en el Abanico
hace tres meses y medio,
por pegar dos puñaladas
en el *costao* á un sujeto
que se me puso delante,
cara á cara y pecho á pecho.
Él no me dejó en el sitio,
porque yo acerté primero;
que bien conocidas eran
las intenciones del muerto.
Y no estoy arrepentido
ni me ha *pesao* el hacerlo;
si cien veces resucita,
las cien veces le revienta...
Cuando el hombre falta al hombre,
hay que quitarle de en medio,
ó quedar como un gallina
pa que le insulten muñecos.
¿Que por qué fué la disputa?
Porque dijo chicoleos
á una mujer, y en seguida
sentí un no sé qué en el cuerpo,
y mucho hervor en la sangre,
y mucha rabia allá dentro,
y sin saber lo que hacía.
le eché la mano al pescuezo.
—Saca lo que tengas—dije.

Él dijo:—Ahí va lo que tengo,—
y me puso el *mondadientes*
á dos pulgadas del pecho.
Él quedó; pero por poco
si no me escuro, me quedo.
También por *custión* de faldas
pelean los *cabayeros*,
con testigos y boticas,
á veinte pasos lo menos,
y no se pegan un tiro
manque se hunda el firmamento,
y como no va de veras,
naide se mete con ellos.
Pero á mí, que soy un chulo,
y á navajazos me arreglo,
y con mi gente armo bronca,
y por mis hembras me pego,
me echó mano la justicia,
y aquí estoy, como un cordero,
por haber *matao* á un hombre
que me faltaba al respeto.
Me dicen que he cometido
un homicidio *por celos*...
¡Bien *pué* ser! que de palabras
enrevesadas no entiendo;
yo sé que quiero á mi chica,
y si la miran me ciego,
y si la hablan me sofoco,
y si contesta me quemó,
¡pero no sé, ni me importa,
cómo se llama todo eso!





BORRACHERA

Ven, Jarifa, trae tu mano,
ven y púsala en mi frente...

ESPRONCEDA.

EN confianza, chiquilla:
¿te gusta la manzanilla?
Pues llena otra vez la caña
y brindemos por Sevilla,
¡lo mejorcito de Español
¡Olé! Tu cutis cetrino
se ha tornado purpurino;
tus labios son casi rojos,
y con la sangre y el vino
se han inyectado tus ojos.
¿Quieres besarme? ¡Pues besa,

aunque el mundo de traviesa
y de impúdica te tachel
¡Rodéame al cuello esa
cabellera de azabache,
y déjame oír atento
el tic tac pausado y lento
de ese corazón cansado,
que no tiene sentimiento
porque ya se lo ha gastado!

¡Pobrecital Joven, bella
y *ya* con tan mala estrella!
¡porque tú has sido bonita!
Otra copa? ¡anda con ella!
¡Pobrecita, pobrecital

Amor, suspiros y flores
de locos adoradores;
rosas, nardos y claveles...
¿Qué es eso? ¿Lloras? ¡No llores,
que no me gustan papeles!

Tú habrás tenido carruajes,
blondas y sedas y encajes...
¡lo creo sin que lo vea!
Y te habrán servido pajes
y lacayos con librea.

Ese rostro es peregrino,
y habrás hecho ¡lo adivino!
muchas conquistas con él...
¡Y ahora estás bebiendo vino
como un mozo de cordell

¿Puede igualarse el noyó
á la manzanilla? ¡No!
¡Esto es caer al abismo!
¡Y esto te lo digo yo
que estoy haciendo lo mismo!
¡Ay! Luego, á la madrugada,

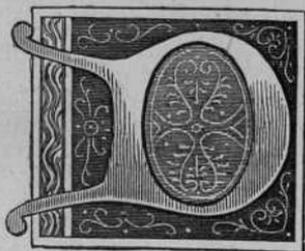
cuando apunte la alborada
y salgamos á la calle,
cual pálida flor ajada
te doblarás por el talle.

Mas no será la postrera
la presente borrachera;
¡ese es el mundo! ¿qué quieres?
¡uf! yo soy muy... *calavera*
y tú... ¡no sabes lo que eres!

¡Otro brindis por Sevilla!
¡anda, ámate, chiquilla!
el que no goza se engaña.
¿Te gusta la manzanilla?
¡Pues llena otra vez la caña!



CONSEJO GRATIS



¡DICES, querido Antonio, que tu esposa, á quien creíste buena y cariñosa, te ha salido un demonio capaz de respetar cualquiera cosa menos la santidad del matrimonio? ¡Caprichos de la suerte! No te choque

que la china te toque,
y te amargue la hiel del desengaño.
Entre tantos que aciertan, no es extraño
que alguno se equivoque.

¡Paciencia y barajar! Si tu señora
que olvida su deber y se propasa
impúdica y traidora
ha profanado el templo de tu casa
con su instinto brutal de pecadora,
es inútil que busques la manera
de hacerla detenerse en su carrera,
y no debes tomar, como un muñeco,
una venganza innoble á palo seco.

Los celos son la bárbara metralla
con que tropieza el hombre en la batalla,
y suele ser difícil evitarlos;

pero sólo en el modo de vengarlos
se puede conocer á la canalla.

De los actos brutales
el que repugna más, si se me apura,
es ilustrar la piel de una perjura
poniendo por viñetas cardenales.

Desengáñate, Antonio;
es coyunda sagrada el matrimonio,
y si la esposa ingrata
la rompe, y echa al viento los pedazos,
no se puede enmendar á bastonazos...
¡ó se la deja en paz, ó se la mata!





LA NOCHEBUENA

Aquí me siento, patrona,
y, perdone usted si vengo
á ocupar en la cocina
una silla junto al fuego.
¡Está mi cuarto tan solol
¿Que está como siempre? Bueno,
pero á mí se me figura
todo triste y todo negro.
En la calle mucho ruido
de tambores y panderos
y guitarras y zampoñas...
y en el alma ¡qué silencio!

Créame usted que el contraste
me da frío y me da miedo.
¿Que escriba? ¡Si me parece
que mojo la pluma en hielo
y que sale á las cuartillas
la pena que tengo dentro!
¿Que vaya á ver á cualquiera
de mis amigos? ¡No puedol
porque á estas horas, de fijo,
está el que más y el que menos
con sus chicos, ó sus padres,
ó sus tíos, ó su abuelo,
y donde quiera que vaya
seré un intruso, ¡y no quiero!

Allá por los barrios bajos
hay en los patios jaleo
y alegran los corredores
faroles y nacimientos.
Hace colación quien puede;
se hechan unas copas luego,
y pasan la Nochebuena
bailando por lo flamenco,
entre tanto que la gente
de gabán y de sombrero
juega al tresillo ó al tute
con los parientes y deudos,
ó come turrón y almendras
en derredor del brasero.
Yo por fuerza he de aburrirme
dentro de mi celda preso,
porque me está prohibido
turbar el placer ajeno,

y *no soy de la familia*
y estorbo donde me meto.
¡Los parientes! ¡Cosa buena!
Los míos están muy lejos
y ¡sabe Dios si esta noche
me habrán echado de menos!
Han pasado algunos años
y todavía me acuerdo
de las castañas cocidas
y los manojos ardiendo...
¡ya quisiera compararse
lo presente con aquello!
Le digo á usted que me llevan
los diablos cuando me veo
solito entre tanta gente;
no es por ofenderla, pero...
¡deme usted vino, patrona,
que tengo frío por dentro!



A UN FANFARRÓN

CALMA chicha, bosque umbrío,
todo en el valle reposa,
la arboleda silenciosa,
leda el aura, manso el río,
y el retirado Pedraja
sentado en la yerba fresca
con sus avíos de pesca
y su sombrero de paja.

Al verle así preparado,
la Naturaleza muda

no debió querer, sin duda,
molestar al retirado.

Bajo el agua transparente
esta calma se rompía,
y allá en el fondo bullía
un remolino viviente.

Un pez sube, el otro baja,
todos dicen:—¿qué hay de nuevo?
Y lo que había era el cebo
del anzuelo de Pedraja.

Al ver aquella lombriz
clavada de tal manera,
se pensó en tragarla entera,
pero sin riesgo á un desliz.

Y hasta averiguar el modo,
lo discutieron cien veces
con calma, porque los peces
tienen calma para todo.

Son gentes, aunque sencillas,
formales; cuando les frien
no se quejan, ni se ríen,
aunque les hagan cosquillas.

—¡Ello tiene buen olor,
pero temo una emboscada!
—La cuerdecita delgada
es un lazo.

—No señor;
lo que hay aquí es mucho miedo.
Ea, á tomar un bocado.
—Pero ese hierro doblado,
¿qué significa?

—Un enredo.
—Alguna trampa.
—¿A que no?
—Señores, el caso es grave.

—¿No sabremos á qué sabe?

—Yo no me atrevo.

—Ni yo.

—¡Cobardes!—en són de guerra
gritó, llegando orgulloso,
un barbo jacarandoso
como un chulo de la tierra.—

No tenéis intrepidez,
ni el salero consiguiente.
Un pez ha de ser valiente,
ó no es digno de ser pez.

El que se aturde y se calla
nunca será tanto así...

y en fin, vais á ver que á mí
nadie me moja la agalla.

Y de una embestida sola
se lo tragó... ¡Dios divino,
no armaron mal remolino
las aletas y la cola!

Hasta que un tirón de afuera
sacó al pez como una paja...

.....
—¡Buen punto!—dijo Pedraja—
y lo metió en la chistera.





EN LA VARIACIÓN ESTÁ EL GUSTO

Que ames infinitamente,
si amas infinitas cosas.

CAMPOAMOR.

ARDIENTE, voluble,
fugaz, pasajero,
que abraza las almas
con rápido fuego
dejando la estela

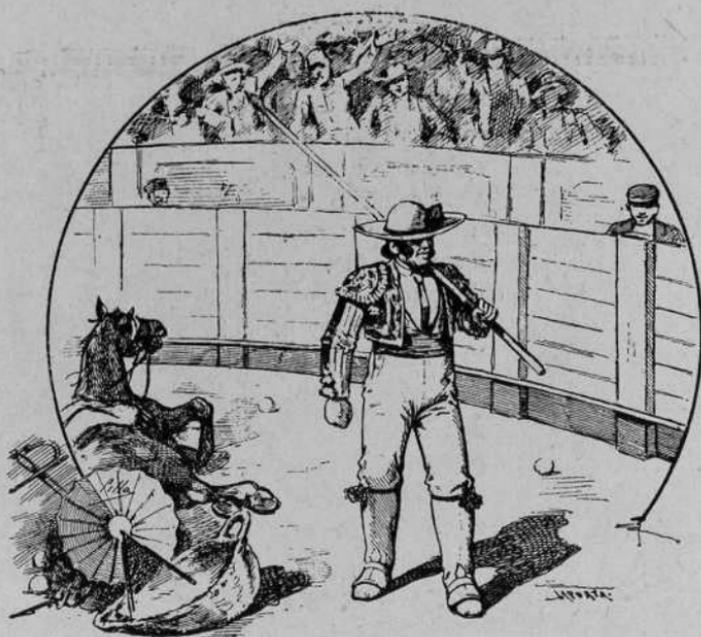
de dulce recuerdo
y cambie de rumbo
cambiando de objeto;
amor que no sea
ni firme, ni eterno,
ni soso, ni frío,
ni tonto, ni ciego.
Amor que agitando
la sangre y los nervios
produzca placeres
profundos, intensos,
y alegre y gracioso
se vaya al momento
buscando otros goces
distintos y nuevos.
¡Así es como adoro
y así es como quiero!
Tú, niña, te empeñas
¡malditos empeños!
en ser desgraciada
tomándolo en serio.
Tú quieres amores
monótonos, secos,
pesados, iguales,
estúpidos, memos,
suspiros ahogados,
miradas al cielo,
ayunos, ojeras,
cartitas, cabellos...
¿No es eso, morena?
¡Pues, hija, no es eso!
El mundo se engaña
si piensa creerlo,
forjándose iluso
quimeras y sueños.



¿Cuál es *lo de siempre*,
lo justo y lo cierto?
¡Ayer las caricias,
mañana el despegol
¡Si todo es mudable!
¡Si nada es eterno!
¿A qué lagrimitas?
¿A qué juramentos?
Dirásme que algunos
de amores han muerto,
llorando desdenes,
rabiando de celos...
¡No importa! Excepciones
de locos ó necios,
que el ruín amor propio
creyeron ajeno.
¿Qué ideas son esas
y qué hombres son esos?
Habrá quien te diga:
—Morena, me muero,
si no me dan vida
tus ojos de fuego.
Si tú me lo mandas,
me rajo ó me estrello,
seré hasta la muerte
tu esclavo, tu siervo.
Mi amor no varía
porque es verdadero...
No creas á un hombre
tan grave y tan serio,
pues todos acaban
por ser embusteros,
perjuros, traidores,
livianos, perversos.
Yo no. ¡Dios me librel

Yo aviso con tiempo;
yo quiero caricias
y abrazos, y besos,
y amor que no sea
ni firme, ni eterno,
ni soso, ni frío,
ni tonto, ni ciego.
¡Y al menos, soy franco!
¡Y al menos, no miento!





¡CABALLOS!

I

EN la pelea indecisa
de la metralla al abrigo,
formó el cuadro á toda prisa
el ejército enemigo.

Mucho ruido de cornetas;
por centro, nueve cañones;
por lados, las bayonetas
de catorce batallones.

Mucha rabia en los soldados:
el fuerte reducto en ruínas,

y entre los puños crispados
temblando las carabinas.

¡Formidable y silenciosa
muralla de carne y hierrol

Cesó entonces la espantosa
fusilería en el cerro;

en las trompetas doradas
vibró el himno de agonía;
formó en filas apretadas
la inquieta caballería;

rayos de luz arrancaron
al sol los limpios aceros,
y á la carga se arrojaron
tiradores y lanceros.

¡Sus! Ya van los escuadrones
á destrozar la muralla.

Se abre el cuadro, los cañones
lanzan la roja metralla;
nuevas filas al momento
cubren los anchos boquetes,
y queda un montón sangriento
de caballos y jinetes.

Vuelta á la carga! ¡Adelante!
No logra romper el muro
el martilleo incesante,
siempre firme, siempre duro.

Hasta que un caballo overo,
rotos freno y corraje,
quebranta el bosque de acero,
relinchando de coraje.

Un sargento le espolea,
y sin darse cuenta, ataca,
y el bridón salta, pateo,
destruye, abolla y machaca.

Cuando el bruto fué en el pecho
de un bayonetazo herido,
el cuadro estaba deshecho
y el combate decidido.

¡Honra fué para el valiente
que despreció la metralla
ascender á subteniente
sobre el campo de batallal

II

—¡Caballos!—grita la gente
furiosa, por todos lados,
enseñando al Presidente
los puños enarbolados.

Seis jamelgos ¡ahí es nadal
han entregado la piel,
y aún muge la fiera airada
en medio del redondel.

Van á clavarle en la testa
las banderillas... ¡Atrás!
¡Es un toro que se presta!
¡Más caballos! ¡Quiere más!

Todo el público amenaza
al primer banderillero,
y un picador sale á plaza
montando un caballo overo.

Vuela el toro, le arremete,
el rudo golpe asegura,
y van caballo y jinete
á metro y medio de altura.

De loca alegría esclavo
saluda el vulgo á la fiera
y un Teniente grita:—¡Bravo!—
de pie en la contrabarrera,

Agonizante el overo
vuelve la vista al Teniente,
y como «adiós» postrimero
cae murmurando:—¡Indecente!





RECTIFICACIÓN

ENOR... (aquí mi nombre).
Usted perdonará si le incomodo;
pero yo soy un hombre
que adora la verdad antes que todo.
Firmada por usted, el otro día
leí una poesía

en que dice, y defiende sus ideas,
que le gustan las feas,
no por su fealdad precisamente,
sino porque su cara les ampara
y defienden su honra con la cara,
como suele decirse vulgarmente.
Si usted no se enfadara, le diría
que eso no es garantía
y puede chasquear tarde ó temprano.
¡Crea usted, por favor, á un ciudadano,
antiguo compañero en tontería!
Mire usted: yo tenía en el asunto
la mismísima idea,
y la llevé á la práctica, hasta el punto
de que me fuí al altar con una fea.
Tenía la nariz mi buena esposa

tan excesivamente remangada,
que era, menos nariz, cualquiera cosa,
ó, hablando propiamente, no era nada.
Yo estaba convencido
de que íbamos, por fuerza, á ser felices,
pues á ningún nacido
le entusiasma esta clase de narices,
y tranquilo, seguro y confiado
me abandoné á la dicha de mi estado.
¡Y cómo me reía
de esos pobres maridos
que dejan el honor sin garantía
á merced de unos cuantos atrevidos!
Pues bien; yo vivo ahora
lejos de mi señora...
¿Sabe usted por qué vivo de este modo?
¡Porque me la ha pegado, fea y todo!
He buscado al infame, le he encontrado
y le he puesto amarillo á bofetadas.
¡Resulta que al malvado
le gustan las narices remangadas!

—
Por eso ruega á usted que rectifique
su servidor, *Nicasio Carraspique.*

—
Y yo, que me lo explico,
no tengo inconveniente, y rectifico.





Á UN POSTERGADO

Y A me tiene usted molido
con tantas lamentaciones,
y ya no quiero más quejas,
y ya no aguanto más voces.
Si es usted y ha sido siempre
un pedazo de alcornoque,
¿quién diablos tiene la culpa

de que la suerte le azote?

¿Que el mundo es necio? ¡Mentira!

De sobra el mundo conoce

lo que cada cual merece,

y da lo que corresponde.

¿Que hay genios desconocidos

y talentazos enormes,

á quienes nadie protege

y á quienes todos se oponen?

¡Ríase usted de los tontos

que hacen correr esas voces!

¿Que hay envidias? ¡Si la envidia

favorece más que roel

¿Que hay obstáculos? ¡Pues claro!

¡como que es lógico el choque!

En la mesa de la vida

están justas las raciones,

y el que quiere asiento, tiene
que ganarlo como un hombre.
Vamos á ver, un ejemplo:
Usted es mísero, y pobre,
y desgraciado, ¿verdad?
Bueno; pues ¿qué condiciones
tiene usted para no serlo?
Ninguna. Usted es un zote
que no ha trabajado nunca
ni de niño ni de joven
ni sabe hacer otra cosa
que mendigar protecciones.
¿Que tiene usted hecho un drama
que rueda entre bastidores?
¡Pues bueno será el dramita
cuando nunca se lo ponen!
¿Que en los diarios le admiten
sólo con tal que no cobre?
¡Como que el sueldo es sagrado
y no está bien que se robe!
¡Infeliz! usted fastidia
á empresarios y editores,
y ninguno le hace caso
y sus súplicas desoyen.
Usted piensa que les guían
malévolas intenciones,
y no se le ocurre nunca
que es usted sólo el fantoche.
¡Mire usted que tiene gracia
suponer que todo el orbe
se ocupa en alzar murallas
á ver si el genio las rompe!
Supongamos que es usted
un sastre de primer orden.
¿Piensa usted que va á decir

la gente:—¡Qué lindo cortel
¿es buen sastre? ¡pues no quiero
que me haga los pantalones!—
¡Al contrario, criatura,
se irán al que mejor cose!
Pues así es todo; al que vale
el mundo no le pospone...
No es esto decir de plano
que á veces no se equivoque,
y que pasen por lumbreras
un montón de monigotes,
¿pero que el que lo merece
no se dé á luz?... ¡Vamos, hombre!





CONFITEOR

I

PADRE mío, perdonad;
todos los días de fiesta
voy á misa muy compuesta
y es pecado, ¿no es verdad?

—¿Pecado? (¡cuánta inocencia!)
no, hija mía, tú has soñado
ó, á lo menos, si es pecado,
no merece penitencia.

—Decís bien; pero es que vos
ignoráis...

—Debes saber
que á la iglesia vas á hacer
una visita á tu Dios.

—Sí señor, vos lo decís;
pero no voy por la fe

ni por Dios, voy... porque sé
que á la puerta estará Luis.

—¡Luis!

—Y os quiero confesar
que esto no es lo que deploro,
sino que entre tanto ignoro
lo que pasa en el altar.

—¡Desgraciada! ¿Y es así
tu mentida devoción?
Pídele al cielo perdón;
él tendrá piedad de tí.

Es preciso despreciar
ese mundano atavío
y olvidarse...

—¡Padre mío!
yo no le puedo olvidar.

II

—¿Suspiras?

—Busco la calma,
y aquí vengó porque sé
que en vos sólo encontraré
la ansiada quietud del alma.

—¿Qué es?

—Una duda fatal
que me agobia con su peso.
Decidme, por Dios, ¿un beso
es un pecado?

—¡Mortal!

—¡Dios mío! Luis, al partir,
de hinojos me lo pidió

de tal manera, que yo
no le supe resistir.

Padre mío, ¡y es tan suave,
tan purísimo el placer
que causal... ¡no puede ser
un beso cosa tan gravel!

¡Toda el alma se consume!
¡parece que de la boca
que con la nuestra se toca
surge un raudal de perfume!

—¡Desventurada! No es
un beso punible exceso,
pero ¡ay de tí, si á ese beso
siguen dos, y luego tres!

¡Si ese lazo perfumado
que embriaga tu sér entero
forma el peldaño primero
de la escala del pecado!

III

—¿Lloras?

—No puedo mentir;
perdonadme, señor cura,
pero...

—¡Calla, criatural
¡Sé lo que vas á decir!





EL TORNEO

Los farautes abren palenque,
se harta un heraldo de vocear,
y entra montado sobre un arenque
Nuño Fernández de Villalar.

De mala estampa jinete y potro,
flaco es el hombre, flaco el rocín,
¡bien se completan uno con otro!
¡nunca se ha visto nada tan ruín!

—Rodarán ambos, no cabe duda;
ninguno tiene buena salud,—
esto se dice mientras saluda,
con carcajadas la multitud.

Plumas y cintas luce en el casco;
se ve que el hombre quiere agradar,
mas, por desgracia, se lleva chasco
Nuño Fernández de Villalar.

Luz y colores, pajes, jinetes,
damas, guerreros, ¡qué cuadro aquéll!

mil banderolas, mil gallardetes,
grave un Monarca bajo un dosel.

Y en un extremo de la palestra
la encantadora bella Leonor
que en un estrado sirve de muestra...
¡va á ser el premio del vencedor!

Cien campeones luchan por ella
del niño ciego bajo la ley,
porque es muy rica, porque es muy bella,
y al más valiente la ofrece el Rey.

De amores loca tiene á la niña
gentil mancebo que á luchar va.
¿Es caballero? ¡Pues bien, que riña,
y el Rey, si vence, se la dará!

Se afirman todos en sus monturas,
y de la cuja sale el lanzón
que hiende y raja las armaduras
como si fueran de requesón.

A cada choque cae un herido,
pero la dama sonrte ya,
porque el amante favorecido
la mejor parte llevando va.

El caballero luchando goza.
Dos ojos negros fijos en él
le están diciendo:—¡mata, destroza!
¡llévate el premio, noble dóncell

Ya sólo enfrente, lacio y enteco,
tiene un jamelgo que derribar,
el cual encima lleva un muñeco:
¡Nuño Fernández de Villalar!

Bajo la dura férrea careta
sonrte el héroe con fruición.

Tal enemigo ya no le inquieta;
¡morderá el polvo sin compasión!

Pero en el rudo choque primero
encuentra acíbar buscando miel;
¡potro y jinete tienen de acero
musculatura, nervios y piel!

¡Vaya un empuje! ¡Vaya unos puños!
¡Y cómo el penco sabe apretar!
¡Vale sin duda por veinte Nuños
Nuño Fernández de Villalar!

Vence el muñeco, ¡maldita estrella!
al Rey se acerca, pide merced,
y la divina gentil doncella
dice llorando: ¡Fíese usted!

—
Ya su tesoro tiene en los brazos,
goza sus gracias, oye su voz...
(Ganar las damas á puñetazos
será muy bueno, ¡pero es atroz!)

Al mes y medio de matrimonio
se la ha pegado ya su mujer
y el hombre piensa dado al demonio:
esto tenía que suceder!

—
¡Ya no podemos hacer lo mismo!
¿Por qué no vuelves, dichosa edad?

.....
Algunos dicen:—¡Cuánto heroísmo!
Yo digo:—¡Cuánta barbaridad!



EXCMA. SRA. CONDESA DE...

PUESTO que he sido invitado
á la magnífica fiesta
que, en su palacio, mañana,
da á sus amigos vucencia,
y ya que me es imposible
honrarme asistiendo á ella,
debo dar explicaciones
que mi conducta defiendan,

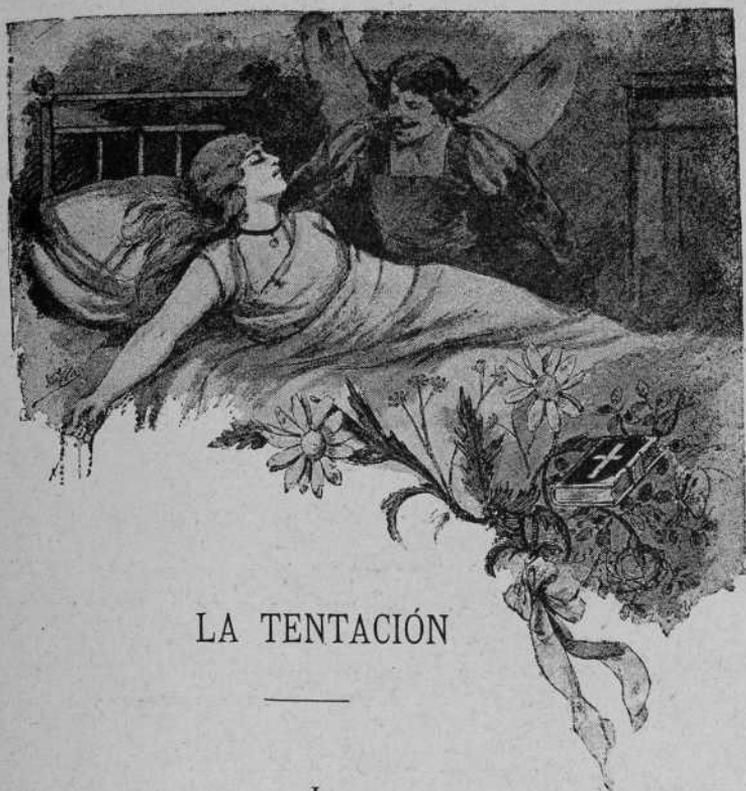
y no se tome á desaire
lo que es tan sólo prudencia.
Yo, señora, soy del pueblo
que no entiende de etiquetas,
simple obrero en los talleres,
soldado raso en la guerra,
que baila jota en la plaza
y con el vals se marea.
Mi paladar no distingue
las ostras de las almejas,
ni el *champán* de cinco duros
del vino de Valdepeñas.
¿Cómo iba á estar en mi centro
en esa morada regia
si no tengo la costumbre
de quebrarme en reverencias,
ni distinción en el porte,
ni sangre azul en las venas?
Soy áspero por instinto,
rudo por naturaleza,
y nací indudablemente
para ir á labrar la tierra.
No fuí, porque me llevaron
de chiquitín á la escuela,
y á fuerza de sacrificios
me dieron una carrera.
Entráronme ganas luego
de hacer coplitas como estas,
y me ha resultado ahora
que dan dinero por ellas.
Pero mis gustos son bajos,
mis aficiones plebeyas,
y si mañana la suerte
llegase á dar una vuelta,
yo empuñaría la azada

para ganar dos pesetas,
como si hubiera pasado
toda la vida con ella.
¿Yo en un salón? ¡Imposible!
Sé de fijo que si fuera,
sería el borrón del cuadro
de elegancia y de riqueza,
y las burlas que al momento
atraería mi presencia,
sobre vucencia caerían
por invitarme á la fiesta.
Y como no entra en mis planes
perjudicar á vucencia,
cuya bondad agradezco
y he de pagar como pueda,
me quedo en casa tranquilo
y encerrado en mi modestia.
Además, no me divierto,
ni mucho menos, Condesa,
y perdone el egoísmo
como premio á la franqueza.
La etiqueta me fastidia;
los perfumes me marean,
la música me entristece
y los diamantes me ciegan.
Yo sólo respiro á gusto
con el aire de la imprenta,
y entre gente de mi clase
que fuma, y canta, y blasfema,
al pie de las sucias cajas
sobre montones de letras,
mientras el motor resopla
y las máquinas se quejan,
y van saliendo á millares
las grandes hojas impresas,



que van á correr España
y entre sus pliegues me llevan.
Con ese placer me sobra,
toda mi ambición es esa,
y tengo, como inmediata
y lógica consecuencia,
las manos llenas de tinta,
la cara tiznada y negra...
¿Qué he de hacer en los salones?
Comprometer á vucencia.
Por lo tanto, aquí me quedo
con mis instintos de fiera,
sin ver damas de merengue
ni caballeros de yema,
entre esta gente de blusa
que lleva la cruz á cuestras,
y es donde á mí se me antoja
que están los hombres de veras.





LA TENTACIÓN

I

DE humilde celda en el lecho,
después de rezar, dormía
la colegiala María,
al aire el ebúrneo pecho,
en revuelta confusión
la dorada cabellera,
y sonriendo hechicera
la boquita de piñón.
¡Linda estaba la chiquilla
con su languidez graciosa!

¡Sólo por verla, era cosa
de encender una cerilla!

De pronto, allá en un rincón,
de San Juan sobre el retablo,
vino á aparecer un diablo
tan negro como el carbón.

¡Qué miedo! Quiso dar voces
y no pudo la doncella,
al ver acercarse á ella
aquellos cuernos atroces.

—¡Aparta, monstruo! ¿Qué quieres?—
murmuró con un gemido.

Y amante el aparecido
contestó:—¡Qué hermosa eres!—

¿Disgustó el piropo aquel
á la niña? ¡No señor!
que siempre agrada una flor
aunque la diga Luzbel.

Pero creyéndose el tuno
dueño ya de tal tesoro,
prosiguió:—¡Cuánto te adoro!
Dame un beso... ¡sólo uno!...

Se irguió la joven altiva,
defendiendo su hermosura,
ante aquella catadura
fiera, asquerosa y lasciva.

Imploró la protección
de Dios contra Satanás.
Santiguóse luego, y ¡zas!
huyó á escape la visión.

.....

Cuando supo al otro día
el caso la superiora,
lloró la buena señora
al abrazar á María.

—¡Tu acción de gozo me llena—
la dijo—y al cielo es grata!
Y hubo medalla de plata
y doble postre en la cena.

II

Dormía al día siguiente
la niña sencilla y pura,
cuando una esbelta figura
se la acercó lentamente.

No se estremeció de horror
ni se alteró su reposo,
porque el mancebo era hermoso
como pintan al amor.

Dulce sonrisa plegaba
sus labios frescos y rojos,
y así quemaban sus ojos
como un torrente de lava.

Amante audaz, con el brazo
separó el rubio cabello
y de la virgen el cuello
ciñó con estrecho lazo.

La dijo:—Tè amo, mujer.—
Y ella apasionada, loca,
al contacto de su boca
sintió un raudal de placer.

Y, sin saber lo que hacía,
besó al doncel... De repente
la despertó una estridente
carcajada de ironía.

.....

¿Era el diablo el ángel bello?
La colegiala lo ignora,
y la madre superiora
no supo nada de aquello.





SOBRE GUSTOS...

QUE á mi lado te aburres? ¡Pobrecita!
Pues contaré una historia. Oye, Juanita,
que la sé de memoria:

El castillo feudal en donde empieza
y concluye mi historia,
además de imponente fortaleza,
era, por dentro, imagen de la gloria.

Porque era muy galán el castellano
y era la castellana tan galana
como un clavel temprano,
y vivía el tirano
muriendo por su bella castellana.

De fiera condición, jamás vencida,
ante nadie humillaba la cabeza
y todos maldecían su fiereza
menos la dulce esposa de su vida.

Que el hombre que ganaba á puñetazos
las tierras ocupadas por el moro,

derrochaba un tesoro
de dulzura y de amor entre sus brazos.

¡Y era digna pareja de su esposa!
Bravo, correcto, hermoso,
adorándola humilde y respetuoso
como á una reina!... ¡Más! ¡como á una diosa!

Y ella... ¡maldita condición humana!
se había enamorado

¿á que no aciertas, Juana?
¡De un bufón asqueroso y jorobado!

No pueden explicarse con razones
tales aberraciones;

pero es lo más horrible de la cosa
que aquella castellana

que trataba á su esposo desdeñosa
con la fría altivez de soberana,

era con el amante
débil, dulce, insinuante,

y llegó á dominarla de tal modo
aquel villano repugnante y feo,

que trocó en acicates del deseo
los bárbaros ultrajes del beodo.

¡En la misma mejilla sonrosada,
sobre el amante beso del esposo,

la brutal bofetada
del bufón jorobado y asqueroso!

.....

Y aquí se acaba el cuento
sin venganza, ni muerte, ni castigo.

¿Que no es interesante? Pues lo siento,
pero esta es la verdad, y así lo digo.

Del fondo escaso que la historia encierra,
deducirás, si quieres,

que siempre ha habido chulos en la tierra
¡y siempre han sido tontas las mujeres!





EN CONFIANZA

STOY muy desesperado
connigo mismo... y con otros
que se empeñan en hacerme
calaverilla bisoño.

¡Dale á mirarme á la cara
y á escudriñarme los ojos,
y á ver arrugas fatales,
marca de graves trastornos,¹
y á asegurar que me llevan
los diablos dentro de poco,
y á darme buenos consejos
que ni yo dejo ni tomol

—«¡Tú estás malo, criatural

—¡Tú vas á morir muy pronto!

—¡Vaya una vida que tienes!

—¡Bien te diviertes, galopol

—¡Tú te gastas el dinero

malamente, ¡lo conozco!

—Con la salud no se juega.

—Te recomiendo el ahorro.

—El que de joven no guarda,
muere miserable y solo...»

Y así los que al paso encuentro

me acribillan á piropos
y compasivos me venden
protecciones que no imploro.
No se le ocurre á ninguno
calcular, ni por asomo,
que puede ser el trabajo,
á cuyo peso me doblo.
No señor, si tengo ojeras
es señal de que trasnocho,
y si trasnocho, es seguro
que me consume el jolgorio,
francachelas, ó barajas,
ó mujeres, ¡ó demonios!
Y entre que soy inocente
y entre que lo niegan todos,
estoy pasando en la vida
las penas del purgatorio.
¡Caigan pestes y anatemas
sobre el muchacho vicioso
que desbarata el producto
del trabajo de los otros
y en el albor de la vida
viene á parar en el hoyo!
Los que heredan cinco duros
y los ponen al tres de oros
ó se los dan á una chica
para comprar perifollos,
bueno que sufran sermones
y consejitos juiciosos;
pero yo, que sin ayuda
me lo guiso y me lo como
y solito salgo en busca
de lo que me pierdo solo,
¿qué grave falta cometo
ni en qué compromiso pongo

á nadie, y á quién fastidio
si no prospero ni engordo?
A los graves moralistas
les debe importar muy poco
que en la Corte me consuma
liquidando lo que cobro.
Vine con una peseta
¡y tengo derecho á todo!



COSAS DE NIÑOS



STABA aburrido ayer,
por lo cual fuí de visita
en casa de Doña Rita
que es una buena mujer.

Se quejó de mi abandono,
me llamó tunante, pilló...
pero me dió un pastelillo
y una copita *del mono*.

Y es el caso horrible y cierto,
que sonó la campanilla
y entró la honrada y sencilla
familia de don Ruperto,
que se compone de él mismo,
su mujer, linda alcarreña,
y una niña pequeña
que parece un sinapismo.

Los papás la quieren tanto
que hablan siempre sólo de ella.
—¡Qué monísima!—¡Qué bella!
—¡Y qué lista, cielo santo!
—Dale un beso á aquel señor.
—Abraza á aquella señora.
—¡Niña más encantadora!
—¡Qué lindeza!—¡Qué primor!

(Y la chiquilla callada
comiendo con ansia un bollo.)

—Saluda en francés, pimpollo.

(Nada.)—Dinos algo. (Nada.)

¿Te acobardas? Vamos, dí,
contesta en un periquete.

¿Quién es tu papa?—Ete, ete.

(Y me señalaba á mí.)

—¡No, tontal (grita mamá
ofendida y con razón.)

Aquel que está en el rincón;

¡fíjate! aquel es papá.

Se aturde la pobrecita,
y hasta que el miedo no eche...

—¡Chist! ¿Cómo te llamas?—¡Chechel

—¿Qué quiere decir?—¡Julital

—¡Ah! pues lo dice muy claro.

—¡Si es muy listal—Ya lo veo.

—¡Y baila muy bien!—Lo creo.

¡Y nunca tropiezal—Es raro.

—Verá usted: ¿Quieres bailar?

—Anda, nena, baila un poco.

Toca, Ruperto.—Y ¿qué toco?

—Cante usted.—No sé cantar.

—Cualquier cosa; un rigodón...

—Allá va, pues no hay escape:

¡Tipitape, tipitape,

tipitape, tipitón!

.....
—¡Es precioso el estribillo;
qué música tan sencilla!

(Y á todo esto la chiquilla
quieta como un marmolillo.)

—¡Qué bien le está el traje azull

—¡Vayal ¡es una buena mozal

—¡Si viera usted cómo goza
tirando del rabo al *Tul!*

—¿Y quién es el *Tul!*?—El gato.

—Niñita, vamos á casa.

—¡No tero! (Y sigue la guasa
y se hace eterno el mal rato.)

Y pasamos en un brete
toda la tarde de Dios.

La cosa empezó á las dos
¡y no acabó hasta las siete!

¡Ay! ¡Qué engorrosos cariños!
Me fastidian, me sublevan
esos padrazos que llevan
á todas partes los niños.

Tanto mimo ya no pasa;
que los quieran, sí señor;
pero ¡que hagan el favor
de dejárselos en casa!





COSAS DE JÓVENES

Voy á hablar de otra visita,
con el permiso de ustedes.
Pero no es á Doña Rita,
hoy es á Doña Mercedes,
la cual es una persona
digna de ser visitada,
pues aunque un poco jamona,
está muy bien conservada.

En fin, por no hacer prolija
esta inútil digresión,

diré que tiene una hija
que ha de llamar la atención.

A estas fechas tendrá Rosa
veinte años próximamente,
y es muy linda y muy graciosa,
mejorando lo presente.

Además, la educación
ha completado en París,
y tiene más de un millón,
que no es un grano de anís.

Decir, pues, no necesito,
porque se supone ya,
que la niña es el ojito
derecho de su mamá.

Fuíme allá con aire y facha
de conquista, ¡no que no!
Entré, salió la muchacha
y atenta me saludó

con galante cortesía
y en francés correcto y puro.
(Digo yo que lo sería,
pero no estoy muy seguro.)

—Señorita—dije, viendo
que la cosa iba al revés,—
confieso que no comprendo
ni una jota del francés.

—¡Ah! pues yo soy de ese idioma
decidida apasionada.

—Y con mucha razón. ¡Toma,
si el nuestro no vale nada!

—¿Por qué no hace usted un viaje
á Francia?

—Sí, cualquier día...

—Porque aquél es el lenguaje
de los hombres de valía;

y usted tendrá, Dios mediante,
al cabo de un año ó dos
una posición brillante.

—¡Sí! ¡Buena te la dé Dios!

—Ya sé que es usted modesto,
simpático...

—¡Por favor!

(Pero, ¡Dios mío! ¿qué es esto?)

—Simpático, sí señor.

Y creí que era usted feo
(tal me lo habían pintado);
pero ahora que le veo,
ya sé que me han engañado.

—¡Señorita!

—¡Nada, nada;

no hay que hacerse el pequeñito!
(Y me lanzó una mirada
capaz de dejarme frito.)

—Pero es usted indiferente
en las cosas del amor,
y eso, hablando ingenuamente,
le hace á usted poco favor.

¿Cómo puede usted vivir?
¡Jesús! ¡tan soso! ¡tan triste!...
¡Cuántas quisieran rendir
esa alma que se resiste!

(Y vuelta á darme sonrojos
con su mirar descarado,
y á hacerme bajar los ojos
poniéndome colorado.)

Y entre el difícil trasteo
y el manejo de la red,
yo hacía un papel muy feo
pegadito á la pared.

Voy á escapar.. ¡que si quieres!...

Vuelta abajo, vuelta arriba...
¡Me fastidian las mujeres
que toman la iniciativa!

Si en la entrevista primera
se ponen los pantalones,
y echan el resto... ¡cualquiera
se mete en declaraciones!

Serán guapas, serán ricas,
pero así ¿quién se enamora?
¡Caracoles con las chicas
que nos han salido ahora!

Nada; á vivir me resuelvo
quieto entre cuatro paredes.
Por de pronto, ya no vuelvo
á ver á Doña Mercedes.





ÉGLOGA

(COMO LAS ANTIGUAS, PERO Á LA MODERNA)

Paced, mansas ovejas,
la yerba aljofarada...

—
Estaba *desaminando*
como *cambean* los tiempos...

ECHA hacia aquí, Pascual! ¡Eres más bruto
que el picacho de hierro de la torre!
Suelta el perro; ¡anda, corre!
¿No ves que á la derecha hay mejor fruto?
Allí junto al tomillo,
en la ladera misma
se ha quedado un borrego. ¡Eh! ¡Pascuallillo!...
¡Tírale el palo y rómpele la crismal!

La oveja del cencerro
no cura la cojera en tres semanas.
¡Qué lástima de hierro!...
¡Suelta una piedra al perro
que se larga al arroyo á buscar ranas!

Sentémonos, zagal, que ya es la hora;
y veamos, al lado
de esa fuente que llora,
lo que se le ha antojado
meter en el morral á Nicanora.
Pan y queso, patatas y judías...
¡lo de todos los días!

Y dice Celedonio el estudiante,
¡pedazo de bergante!
que la vida del campo es cosa rica;
con el palo, el zurrón y la pellica,
asegura que somos muy felices,
¿eh? ¿qué tal? ¿Tú qué dices?
A mí se me figura
que, pese á Celedonio,
esta vida de paz y de dulzura
no la aguanta el mismísimo demonio.
Me parece mejor vestir de fino
y echarse á la bartola como un vago...
¡Pascuall alarga el vino,
echaremos un trago.



¿Sabes lo que me ha dicho el otro día
Sebastián el pastor? Que el señorito
anda tras de quitarme á Rosalía.

¡Tomal ¡y lo hará el maldito!

¡Pues bonita es la moza!

Dice que es su querer para mí solo,
y cuando hay tamboril, baila y retoza
con Simón, y con Juan, y con Bartolo.

¡Pero que ande con tiento,
porque yo tengo hiel en las entrañas,
y si sigue en sus mañas
el día que la coja la reviento!



—
¿Qué es eso? ¿me has oído?
(¡Mala bomba le partal ¡Se ha dormido!)
¡Anda arriba, zoquete; arriba, perrol
¡Echa el ganado al cerrol...

(Si le vuelve á pasar al gandulazo
caerse de pereza,
le rompo la cabeza de un trancozo
y que pida á su madre otra cabeza.)

EL ÁNGEL DE LA GUARDA



o era en la etérea mansión
(nunca he sido vanidoso)
el querubín más hermoso
de la undécima legión.

Cantor de gusto exquisito,
la clac celeste aplaudía
mis derroches de armonía
por el espacio infinito.

Pero... tras la paz la guerra.
Un día, forzando el vuelo,

llegó á las puertas del cielo
el correo de la tierra.

Y al entrar por los pasillos
gritó:—¡Dentro de un segundo
van á nacer en el mundo
diez mil seiscientos chiquillos.—

Órdenes, prisas, afanes
hubo entre los serafines,
y al terminar los clarines
la llamada de guardianes,
dieron al olvido en breve
sus cítaras de marfil,
y se juntaron diez mil
quinientos noventa y nueve.

—¡Uno más!—gritó el correo—
¿á dónde están los demás?—

Y dijo una voz:—Quizás
hayan ido de paseo.

—Señor, aunque algo me pese,
en demanda acudo á tí.—
Y señalándome á mí,
dijo Dios:—Que vaya ese.

¡Up... up!... cual exhalación
volé, y aquí estoy al lado
de un infeliz, amarrado
al pescante de un simón.

Y con la duda batallo
que ya en resolverse tarda:
¿seré el ángel de la guarda
del cochero, ó del caballo?

Lo cierto del caso es
que, por voluntad de Dios,
nos aburrimos los dos
ó, mejor dicho, los tres.

Ni yo sé cómo vivir
para estar entretenido,
ni tiene mi protegido
pasiones que combatir.

Hay en el mundo otros seres
á quienes hacia el abismo
arrastran el egoísmo,
la ambición ó las mujeres.

Pero aquí sólo la eterna
calma que convida al sueño,
rompe el instintivo empeño
de meterse en la taberna.

—¡No entres, Toribio, á beber,
que eso la vida te acorta!...

Y él dice:—¿A tí qué te importa?
Y entramos, ¿cómo ha de ser?

Este es el papel que yo
he venido á hacer aquí.

Él siempre diciendo:—¡Sí!

Yo contestándole:—¡No!

Corta y sencilla es la historia:
una fecha, un trago, un nombre.
Seguro estoy de que este hombre
se va derecho á la gloria.

Pero mi suplicio es tal
que no deseo su muerte,
porque esto lo encuentra fuerte
mi inocencia angelical.

Mas ¡ay! que como una carpa
pegado á un tonel de vino,
cuando vuelva á mi destino
no sabré tocar el arpa.





ADORABLE MATILDE

ADJUNTOS te remito
por la portera
un collar muy bonito
y una pulsera.
¿Gracias? ¡No las merecel
¡Si el tal regalo
de fijo te parece
bastante malo!
Justitos y cabaes
ambas preseas
me han costado diez reales,
¡para que veas!
No me llames tacaño,



pichona mía,
que, aunque parezca extraño,
desearía
darte piedras preciosas
¡te lo aseguro!
pero no hay esas cosas
por medio duro.
Anteayer, con un gesto
que daba encanto
y tomando el pretexto
de ser tu santo,
me dijiste: —Vicente,
¡mi vida diera
por tener un presente
tuyo, cualquiera!—
Y yo, que soy un tuno
¡quién lo pensaral
te ofrecí comprar uno
que te gustara.
En consecuencia, obrando
de esta manera,
ese collar te mando
y esa pulsera.
El valor de la pasta
no será grande,
pero creo que basta
que yo los mande.
Una de dos, lucero,
sol de la casa,
ó es tu amor verdadero
ó es una guasa.
Para recuerdo santo
de un sér amante,
un cuerno vale tanto
como un diamante.

Y pues de amor eterno
mil votos hice,
yo te regalo el cuerno,
como quien dice.
Si de veras me quieres
como aseguras,
al trocar en placeres
mis desventuras
¡oh reina de las rosas
y las Matildes!
no tirarás mis cosas
por ser humildes,
y si somos amantes
de cuatro días,
aunque fueran brillantes
las tirarías.
Conque yo, por si acaso
surge un apuro,
me echo fuera del paso
con medio duro;
que si del alma salen
las intenciones,
diez reales equivalen
á diez millones;
y si resulta un beso
comedia odiosa,
la fortuna de Creso
no vale cosa.
Además, las alhajas
que aquí te envió,
tienen otras ventajas
en favor mío.
¡Como salta á la vista
su poco precio
y no hay un prestamista

Pólvora sola

152

que sea necio,
aunque en lucirlas sueñes,
si las enseñas
¡por mucho que te empeñes
no las empeñas!



EL REGIMIENTO DE DESECHO

I



va de historia, aunque parece cuento.
Había un regimiento
compuesto de soldados chiquitines,
torpes, endebles, ruines,
gente menuda, en fin, y desgraciada
que era el *hazme veir* de la brigada.

El General en jefe,
á la vista de tanto mequetrefe,
jamás utilizaba los servicios
de aquella colección de desperdicios;

Por lo cual no es extraño
que llevando en campaña más de un año
no hubiera entrado en fuego
ni se hubiera arriesgado en la batalla
lo que con gran despego
llamaba todo el mundo *la morralla*.

II

El combate empezó con la alborada,
apretaban de firme los cañones,
y aunque hacía prodigios la brigada,
no podía tomar las posiciones.

Apenas se formaban en el llano
las columnas de ataque, el enemigo
deshacía las huestes, al abrigo
de un reducto cercano.

Al toque de corneta,
bajo una espesa lluvia de metralla,
se arrojó todo el mundo á la muralla,
calando bayoneta.

Vana temeridad. Nadie podía
tomar la batería,
porque al llegar allá los batallones
los hacían pedazos los cañones
y había que emprender la retirada
con la gente diezmada.

Furioso el General ante la idea
de perder la partida en la pelea,
mandó á buscar la muerte
en el rudo fragor de la batalla
á quien quiso el capricho de la suerte,
y le tocó morir á la morralla.

III

El pobre regimiento de desecho
se formó en un repecho,
entre tanto que el resto de la gente
se reía á mandíbula batiente.

Rabioso el Coronel, se puso al frente
y dijo:—¡Á ver, muchachos,
cómo saben morir los mamarrachos!
¡Arriba! y ¡viva España!

Preludió la charanga el paso doble,
y el macizo montón de gente innoble
empezó la ascensión á la montaña.

Llovían proyectiles,
mas la columna prosiguió tranquila
sin disparar, al hombro los fusiles,
y sin romper la fila.

A pecho descubierto, á campo raso
subían los soldados decididos,
dejando como huellas de su paso
un reguero de muertos y de heridos.

Al encontrarse al pie de las trincheras
la poca gente que llegó con vida
desahogaron los hombres, como fieras,
la rabia tanto tiempo comprimida.

Y tomado el reducto, la morralla
el éxito marcó de la batalla.

IV

De cien hombres constaba el regimiento,
que tenía dos mil; pero los ciento
tornaron á bandera desplegada
para ocupar su puesto en la brigada.



¡VEINTICINCO AÑOS!



A los tengo, sí señor,
ayer mismo los cumplí,
¡Cualquiera me tose á mí
desde que no soy *menor!*

Estoy redimido ya
por una ley bienhechora:
Antes... ¡un *quidam!* Ahora...
¡buena diferencia val

¡Afuera lazos serviles
que la familia me puso!
¡Ya estoy en el pleno uso
de mis derechos civiles!

Por mi cuenta, si es preciso,
puedo armar muchos belenes,
¡y hasta administrar mis bienes
y casarme sin permiso!

¡Gran día! ¡dichosa edad!
¡qué alegría! ¡qué fortuna!
Todo está bien, pero hay una
pequeña dificultad.

Ya veo, y me felicito,

mis afanes satisfechos;
tengo todos mis derechos
¡pero no los necesito!

La suerte así lo dispone
y mientras ella no acude...
¿matrimonio? ¡Dios me ayude!
¿y bienes? ¡Dios me perdone!

De modo que, siendo así,
aunque no tenga tutor,
sigo siendo tan *menor*
como el día en que nací.

En resumen, ¿qué he ganado?
la menor edad *es ida*
y lo mejor de la vida
para siempre se ha pasado.

¿Cómo? Pensarlo no quiero;
yo no he tenido ilusiones,
ni placeres, ni emociones,
ni amoríos, ni dinero.

Buscándolo con ardor
he trabajado á destajo,
¡ay! en esto del trabajo
siempre voy á ser menor.

¡Imbécil! Siempre cobarde,
tímido con las mujeres...
Cuando busque esos placeres
y me atreva, ¡será tarde!

Y muy tarde cuando cobre
mis romances y cuartetos,
y junte cinco pesetas
para dejar de ser pobre.

¡Oh! Con esto de la edad
es gracioso lo que pasa...
Yo creo que es una guasa
de toda la humanidad.

Cuando uno es joven, y puede
luchar, le dicen:—¡Andando!
Trabaja, que trabajando
verás lo que te sucede.

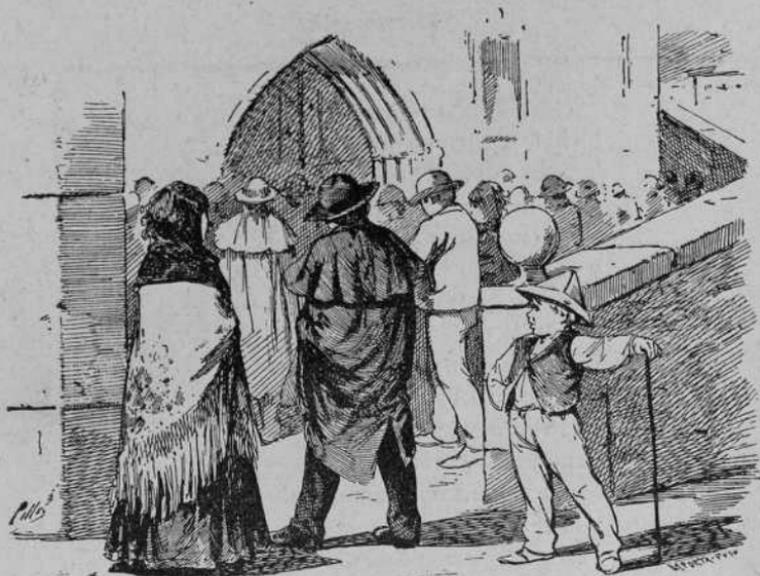
Se cumplirán tus deseos
y gozarás sin medida,
¡pero no gastes la vida
en fútiles devaneos!—

Y cuando en la lucha honrada
cumple cual buen ciudadano,
y al alcance de la mano
tiene la dicha soñada,

si todo le importa un bledo
y la sangre no retoza,
cuando dicen:—¡Anda, goza!—
¿qué contesta?—¡Ya no puedo!

Pues este es el porvenir
que me aguarda, ¡estoy seguro!
De joven, trabajo duro;
de viejo... ¡nada! Decir,
con la esperanza perdida,
pero firme y convencido:
—¡Lo que yo me he divertido
allá, en la flor de mi vida!





LA BODA

CON un frío de mil diablos
metido hasta las entrañas,
tras una noche de perros
y en un carrillo de varas,
llegué á casar á Perico
ayer hizo una semana.

Fué el novio mi compañero
en ciertas épocas malas,
me quiso y me quiere mucho,
y yo no le voy en zaga,
de modo que al recibir
la noticia en una carta,
aunque aquel bendito pueblo

está en un rincón de España,
cogí mi gorra de viaje,
cien pesetas y una manta
y me lancé como un rayo
á través del Guadarrama.

—

Es B... (llamémosle B...)
un montoncito de casas
situado en una cuesta
escabrosa y escarpada,
y encerrado en unos muros
como una nuez en su cáscara.
Le ví cubierto de nieve
que, como algodón en rama,
lentamente descendía
jaspeando las murallas,
y parecíame entonces
marmóreo cuerpo sin alma
ó el cadáver de una aldea
rebujado en una sábana.
¡Y sin embargo, allá dentro
viven hombres que trabajan,
comen, beben, ríen, juegan
y, por lo visto, se casan!

—

Él, con su ropa flamante,
camisa recién planchada,
botas de charol ceñidas
y sombrero de copa alta;
ella, con el ramo al pecho,
muy ruborosa y muy guapa;

las convidadas con lazos,
plumas, cintajos y bandas;
los convidados luciendo
los embozos de las capas;
ellos, recién afeitados;
ellas, recién empolvadas,
y yo, como casi siempre,
con barro hasta las pestañas,
salimos hacia la iglesia
sin hablar una palabra,
como si el acto solemne
nos encogiera las almas.

Estaba el pueblo á la puerta
esperándonos en masa,
que hay *boda de señoritos*
cada veinte años, y gracias,
y es una función aquella
que no se pierdē aunque caigan
capuchinitos de bronce
sobre el curioso que aguarda.

Además, que el caso ofrece
ocasión pintiparada
de decir barbaridades
y bromas de más de marca.

Yo, arrollado por la turba,
me quedé en la retaguardia
entre un pelotón compacto
de mujeres deslenguadas,
que me pusieron de perlas
y como ropa de Pascua.
—Diga usted, señá María,
¿pa qué han traído esta espátula?
—¡Tol será pa que se pueda
revolver la limonada.
—¡Místele qué cara tiene!

—¡Madrical ¡si da una lástima!...

—Está tísico del pecho.

—¡Si fuá ese el novio, aviada
iba la chica.

—Dejaile,
que si gritáis se desmaya...

.....

Entre tanto, allá en el atrio
los dos muchachos juraban
quererse mucho y de veras,
entregándose las arras,
y mirábanles las mozas
tras un velo de esperanzas.
Hubo bendición y misa,
que á mí se me hizo muy larga,
más que por la ceremonia,
sencilla solemne y santa,
por el diantre del *armonium*
con honores de carraca.
Y ya casado el buen Pedro,
volvimos hacia su casa
rodeados de chiquillos
y zagalones con barbas
que silbaban á los novios
como si vieran un drama.

Apenas se disponía
toda la gente invitada
á asaltar un par de torres
de almendras, guirlache y tarta,
que en las mesas protegían
un reducto de viandas,
se armó en la calle un estruendo
mayor que el de una batalla.
Rudos golpes á las puertas,
voces, silbidos, patadas,

bolas de nieve que vienen
á romperse en las ventanas;
en fin, una algarabía,
que ni en el centro del Africa.
—¿Qué es eso? (pregunté á uno.)
—Los chicos, que se entusiasman.
—¡Pobrecitos! y ¿qué quieren?
—Que les echen avellanas.
—Hombre, no; lo que ellos piden
no es eso.

—¿Pues qué es?

—¡Cebadal





¡JUSTICIA SECA!

TE he visto por la calle lucir tus galas,
altiva y desdefiosa y audaz y fría,
como águila que al cielo tiende las alas
y sin temor al viento le desafia.

Al mirar tu hermosura, tu gentileza,
no queda entre los grupos un caballero

que no aborrezca al dueño de tal belleza
que ha sabido adquirirla por su dinero.

Las señoras te envidian á todas horas
por esos aderezos, y esos carruajes;
las señoras de veras... ¡pobres señoras!
¡ellas no tienen joyas, coches ni encajes!

El fango que te mancha te importa un bledo
porque el vicio te presta cínica audacia...
¡yo mis lamentaciones unir no puedo
á los que se conduelen de tu desgracia!

Ya sé que es tu boato miseria todo,
¡pero, al fin, la miseria del millonario!
¿Que compasión infunde verte en el lodo?
¡Eso no tiene nada de extraordinario!

Lo chocante es que á ratos quejarte puedas
y rabiando maldigas la suerte aciaga.
¿Desgraciada con perlas, blondas y sedas?
¡Desgraciado es el tonto que te las pagal

Cuando evocas recuerdos de tu caída,
en el tranquilo lago se alzan las brumas
y encuentras, según dices, triste la vida...
¡y al infeliz que coges me lo desplumas!

En el hogar sagrado la tea enciendes
y á la familia honrada sin pan la dejas,
caricias mentirosas prestas y vendes...
¡Y te quejas del mundo! ¿Por qué te quejas?

De sentimientos nobles hiciste oficio
y en el amor hallaste venero oculto;
con raso y con diamantes cubres el vicio
y la virtud ajada sufre el insulto.

¡Y á veces la amargura hierve en tu pecho
y quiere de su cárcel romper las rejas!
De quejarse las otras tienen derecho,
pero tú que las pisas, ¿de qué te quejas?

El camino que sigues cubre de flores,

sin apreciar el oro con que te paga,
estúpida falange de admiradores
que en tus suspiros falsos loca se embriaga.

Eres guía y espejo de pecadoras,
¡y jamás te arrepientes, y nunca cejas!
¡mientes cuando acaricias, y cuando adoras!
¡Y hasta creo que mientes cuando te quejas!



ESTILOS

I

NUÑEZ DE ARCE

UY cercano á la aldea, en el otero
se levanta la mole del castillo,
imponente guardián mudo y severo...
¡Desgraciada campiña si el rastrillo

atraviesa con ímpetu guerrero
castellano feudal de horca y cuchillo!
¡Alma de cieno vil, pero más dura
que el bruñido metal de la armadura!

¡Quedarán destruídos los hogares,
si con el fuego no, con la piqueta,
y caerán los pecheros á millares!
Asesino feroz, nada respeta;
ni al ministro de Dios en los altares,
ni al venerable monje anacoreta
que eleva su plegaria al infinito
encerrado en su cárcel de granito...

II

VELARDE

Restregándose los ojos
va el campesino á la siega,
colgada la hoz del cinto
y el sucio morral á cuestras.

Pardillos y cogujadas
le saludan y festejan,
dando brinquitos de gozo
en las lindes de la senda
que espadañas y tomillos
rematan y festonean.

Entretanto, allá en el cielo
audaz la alondra se eleva
á saludar el retorno
del sol, que anuncia su vuelta
de las montañas oscuras
en las lejanas siluetas.

Salta al surco la cigarra
verdosa, ventruda y fea;
margaritas y amapolas
se estiran y desperezan,
y á beber bajan los tordos
del arroyo en la ribera.

Menuda tropa de insectos
desde los pinares llega,
con las gotas de rocío
á emborracharse en la hierba.

A la misa de alba toca



el esquilón de la aldea;
 el azul pardo del cielo
 en grana y oro se trueca,
 y asoma curioseando
 por las empinadas crestas
 el sol, que limpio y maduro
 trozo de melón semeja.

III

CAMPOAMOR

Era al casarse Inés la más hermosa
 de todas las doncellas del contorno,
 y podía de un Duque ser esposa.
 ¡El cuerpo escultural, como una diosa!
 ¡El alma tan ardiente como un horno!

Y era Juan al casarse ¡cosa rara!
 inocente zagal, que no sabía
 lo que cualquier muñeco le enseñara,
 sin tener todavía
 ni simiente de pelos en la cara.

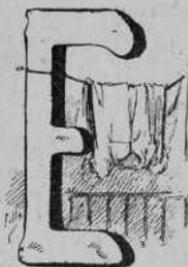
La ignorancia de Inés no era muy grave
 si supiera algo Juan, ¡pero él no sabe!

Y al hallar mucho nuevo en aquel día
 ella en los besos de él, él en los de ella,
 en preludeo el amor se quedaría
 si no estuviera ingerto en picardía
 el sencillo candor de la doncella.

¡Extraña intuición de los placeres
 profundos y escondidos!
 ¡Misterios que adivinan las mujeres
 sin que se los enseñen los maridos!



LA CAMISA DE LA LOLA



s la Lola una manola
que vierte por donde pisa
toda la sal española,
y en la calle de la Bola
está siempre por divisa
la camisa,
la camisa de la Lola.

¿Que esto es exageración?
No hará tal afirmación
el que por la noche pasa
por enfrente de su casa
y que, mirando al balcón
del piso tercero, izquierda,
colgadita de una cuerda
puede siempre ver, á guisa
de pendón ó banderola,
la camisa,
la camisa de la Lola.

No hay remedio, ó soy un bolo,
 ó deduzco de lo dicho
 que no ha de colgarla sólo
 por distracción ó capricho.
 ¿Tendrá Lola algún manejo?
 Puede tenerlo, si quiere...
 ¡nadal hasta que no me entere,
 de la mano no lo dejo.
 Tengo interés ¡carambola!
 y ha de sufrir mi pesquisa
 la camisa,
 la camisa de la Lola.

—

Me ha llamado la atención
 que si paso por allí
 cuando están de reunión
 ó visita, ó cosa así,
 no está el trapo en el balcón.
 Al dar las doce ó la una,
 todo se queda en sosiego,
 y la amistad importuna
 toma las de Villadiego
 después de mil apretones
 y codazos, y pisadas,
 y voces, y carcajadas,
 y saludos, y expresiones.

Y en cuanto Lola está sola,
 sale á relucir aprisa
 la camisa,
 la camisa de la Lola.

—

¿Qué diablos quiere decir
ese incomprensible afán
de sacarla á relucir
sin temor al *qué dirán?*
Pues señor, digo y confieso
que no doy con la razón
del por qué se cuelga *eso*
por la noche en el balcón.
¡Esta es otra! ¡por la noche!
¿Qué significa? ¿Qué pasa?
Pero ¡tatel pára un coche
á la puerta de su casa,
sale de él un caballero,
dice no sé qué al cochero,
y allá se sube... ¡Hola, hola!
¡Pues ya sé yo á quién avisa
y en aras de quién se inmola
la camisa,
la camisa de la Lolal

—

¿Que esto es corriente? Ya sé
que hay muchos como este caso;
pero sin saber por qué,
desde entonces, cuando paso
por la calle de la Bola,
¡vamos! me muerdo de risa
al ver que al aire tremola
la camisa,
la camisa de la Lola.





CON PERMISO...

SIEMPRE con la moral! ¡Y siempre en guerra
con los malditos vicios de la tierra!
Hace usted bien, señora;

está la humanidad muy pervertida,
la virtud postergada,
la impiedad en creciente y triunfadora
y el cinismo por norma de la vida,
y ya no hay nada bueno, ó casi nada.

Usted, al predicar, lo mide todo
por la moral que entiende allá á su modo,
y esos sermones, con perdón, Marquesa,
no compaginan bien con lo que veo.
Dispense usted, por Dios, pero yo creo
que la moral no es esa.

Usted es religiosa,
cumple usted sus deberes
como buena cristiana y buena esposa...
¡Así quisiera yo muchas mujeres,
y sería otra cosal

Pero cuando la veo
ir á misa, al rosario, á los maitines
ó con *él*, en el coche, de paseo,
yo la deseo á usted con malos fines
y es pecado mortal este deseo.
¿Que tengo yo la culpa? No, señora,
porque usted es bonita, ¡muy bonita!
y al ver una mujer encantadora,
emocionado el corazón palpita
sin que yo lo permita.

¿Qué dice usted ahora?

Comprendo que le guste á su marido
ese pie pequeñito y bien calzado,
ese talle flexible bien ceñido,
y el seno exuberante levantado.

Pero aunque usted se asuste,
de su moralidad en el exceso,
no se puede evitar que á mí me guste
y me condene al fin, sólo por eso.

El alma apasionada
no podrá contenerse de seguro;
y ¿cómo el sentimiento ha de ser puro
estando usted casada?

Ni tampoco ha de verse condenada,
por tener ese rostro y ese talle,
á no andar por la calle.

Usted no ha de aburrirse con el tedio,
y yo la adoro siempre por hermosa.
¡Esta inmoralidad es una cosa
que no tiene remedio!

Usted seguirá siendo virtuosa
y yo seré tal vez muy virtuoso;
pero usted es incitante, yo hago el oso,
y es justo comprender, linda Marquesa,
que la moral no es esa.





ASTRONOMÍA

Va de historia y no es camelo.
Por razones poderosas,
el cigarro es de las cosas
prohibidas en el cielo.

Y no hay rincón ni lugar
en el celestial verjel
donde no haya este cartel:
«No se permite fumar.»

Lo ha mandado el Padre Eterno
y no hay que echarlo á barato;

porque el que falta al mandato
va de cabeza al infierno.

Pero abundan los delitos;
cuando el arcángel guardián
vuelve la cara, ya están
fumando los angelitos.

Pecar es cosa corriente;
de esas faltas infinitas
resultan las lucecitas
que llama estrellas la gente.

.....
Una noche un querubín
halló un cajón muy bonito;
fué curioso el pobrecito
y rompió la tapa al fin.

¡Eran brevas imperiales!
dió por el cielo una vuelta...
¡dormían á pierna suelta
los serenos celestiales!

Contento con su cajón,
á éste empuja, al otro llama...
y al fin saltó de la cama
toda entera una legión.

¡Qué chupadas! ¡qué derroche!
Mas quiso la suerte fiera
que á San Marcos le doliera
la cabeza aquella noche.

Y haciéndole poca gracia
el olor acre y molesto
del tabaco, y muy dispuesto
á castigar tal audacia,
se calzó los escarpines,
cogió en la diestra un bastón,
y viendo allá en un rincón
al grupo de querubines,

empezó á andar de puntillas.
Los chicos se estremecieron
y en seguida que le vieron
arrojaron las colillas...

.....
¿Qué es eso? ¡Lluvia de estrellas!
—dijimos en este mundo,
y con asombro profundo
fijamos la vista en ellas.

—El fenómeno es notable.
—¡Pues esto algo significal
—¿Qué será?
—¿Cómo se explica?
—¡Que hable la ciencia!
—¡Que hable!

Se discutió de mil modos,
y no saliendo del paso,
se metió á explicar el caso
el mejor sabio de todos.

Estudió á conciencia el hecho,
dió la solución muy clara,
y para que se quedera
todo el mundo satisfecho,
dejó el sabio el fallo escrito
en un millar de cuartillas.

.....
¡Y fueron las cien colillas
á perderse en lo infinito!





LA FUENTE DE LA TEJA

(APUNTES PARA UN SAINETE)

I.

QUIERE usted bailar, salero?

—No bailo con melitares.

—¿Por qué?

—Porque hay mucha gente,
y á lo mejor, con el aire,
se la enreda á una la falda
con las espuelas ó el sable,
y me da mucha vergüenza.

—¡Si no trajera usted al baile
sucias las enaguas!...

—¡Hombre!

¿y usted por dónde lo sabe?

—¡Como no quiusté enseñarlas!

—Pus están como el diamante
de limpias.

—Vamos á verlo.

—¡Basta que usted me lo mande,
so morral!

—Claro que basta.

—¡Ni que fuera usted mi padre!

II

—¿Nos columpamos, Manuela?

—Hoy no puedo, porque es fácil
que se me vaya la vista
y me caiga en cualquier parte.

—¡Qué! ¿estás débil?

—Un poquillo.

Se empeñó aquél esta tarde
en que probara los callos
del merendero del Fraile,
y... ¡ahí tienes tú! Como el vino
me da esos mareos, ¿sabes?

—Y ¿dónde has dejao al hombre?

—Se le han llevao á la cárcel.

—¿Por qué?

—Por una injusticia.

Como él quiso convidarme
porque se le figuraba

que yo tendría seis reales,
y no los tenía, ¿entiendes?
se armó una bronca mu grande,
y ¡claro está! le pusieron
á la sombra hasta que pague.
—De modo que cuando salga...
—Cuando salga ¡Dios me ampare!
me va á costar la merienda
tres duros de cardenales!

III

—Chica, ¿por qué te has traído
esa cara de vinagre?

—¿Y á usted qué le importa, feo?

—Me importa.

—Pus aliviarse;

no me gustan los horteras.

—¡Te digo que no me faltes!

—¡Que no le faltel ¡Qué gracial

¡Pus si vive usted en mi calle
y le he compraó veinte veces
lantejas con habitantes!

IV

—¿Andas detrás de la Braulia

—Veremos.

—Pues no te canses.

—¿Por qué?

—Porque hace ocho días
la dejó el cabo Peláez,
porque la dan pa la compra
na más diez y siete reales.

V

—¡Bébetela!

—No me cumple.

—¿Me vas á hacer un desaire?

¡Miá que me enfado contigo!

—Vamos, hombre, no te enfades,
que sí que la bebo.

—¡Viva

la familia de tu madre!

¡Así me gustan las hembras!

—¿Te gusta que se emborrachen?

Pues á mí no, porque luego

la señorita lo sabe

porque lo huele, y me pone
de patitas en la calle.

—¿Y qué que te ponga?

—¡Tomal

¡que no me arrecoge naidel!

—¡Que no la arrecogel! ¡Vamos

¿Pus para qué pasa mangue

tos los días á las ocho

con el carro de la carne?



VI

—Esto de los caballitos
da gusto... ¡Dale que dale,
sin parar, muerto de risa!
¡No sé cómo hay quien se cansel
¡A ver? Justo. Me he gastado
tres pesetas y dos reales,
y he dado mil quince vueltas...
Me he divertido bastante.





CAPRICHOS

Á mí me entusiasman las hembras de brío
ceñudas y fieras,
de altivo carácter, de genio bravo,
más agrio, más rudo, más fuerte que el mío,
que es fuerte de veras.

Mujeres de hierro que mandan mirando,
que á golpes me tratan,

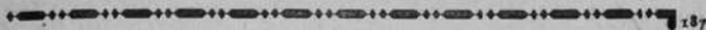
que mezclan volubles lo duro y lo blando,
que insultan y lloran y pegan besando,
que adoran y matan.

Me cargan, me hastían los goces sin duelos,
¡valiente pamplina!
Yo quiero emociones; arranques de celos,
cachetes, rabieta, halagos, consuelos...
¡y á ver quién dominal

Dejar que me abrasen sus ojos de fuego,
y dándome á buenas
hacer que no entienda ni vea mi juego;
caer, maniatado, de hinojos, ¡y luego
romper las cadenas!

Mirar cómo, airada, me ofende mi niña
con fieros desdenes;
buscar como ayuda cualquier socialiña
diciendo á su oído, durante la riña:
—Pichona, ¿qué tienes?

Pedirla perdones, cantar su hermosura,
llamarla:—¡Mi dueño!
y cuando su rabia se trueca en dulzura
decirla sandeces con frase muy dura,
mirarla con ceño...

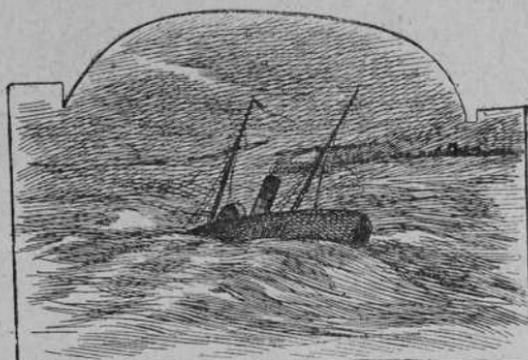


Cuando ella se yergue, rendirme humillado;
cuando ella se humilla,
tratarla altanero, terrible y airado,
y así entre las olas, ni puente ni vado,
¡jamás en la orilla!

Con besos y golpes mezclar necesito
la risa y el llanto...

.....
(¡Lo que es este mundo! Después de lo escrito
¡cualquiera diría que soy un bendito
con visos de santo!)





NIÑERÍAS

AL sonar las campanadas
tristes, monótonas, lentas,
que marcan las oraciones
en la torre de mi aldea,
cuando retumbaba el trueno
por entre las nubes negras
y entraba el viento silbando
por el quicio de la puerta
y el recio turbión caía
golpeando las vidrieras
como si diablos pequeños
quisieran trepar por ellas,
suspendía de repente
su cuentecito la abuela

y quitándome la gorra
me decía:—Vamos, reza
por todos los pobrecitos
viajeros de mar y tierra.—

Yo, asustadico y medroso,
me apretaba contra ella
como buscando en sus besos
inexpugnable defensa
contra la ronca amenaza
de la cercana tormenta,
y rezaba un Padrenuestro
mal aprendido en la escuela
pidiendo al Dios de los cielos
que perdonase mis deudas,
en vez de pedir socorro
para los que padecieran...

Hace tres ó cuatro meses,
allá en la costa gallega,
pegado á la barandilla
de estribor, como una oblea,
desencajado el semblante
y temblándome las piernas,
asistí del mar y el hombre
á la batalla tremenda.
Rechinaba el maderaje,
resoplaba la caldera,
de los azotes del viento
se iban quejando las vergas,
y al asalto se arrojaban
las olas en la cubierta,
como palacios, de grandes,
y como el betún, de negras.

El barco, perdido casi
entre las sombras espesas,
en luchar contra el abismo
iba gastando sus fuerzas.

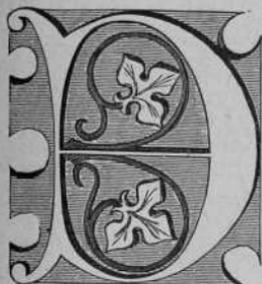
Una lucecita débil
hacia la parte de tierra
vino á distraerme el miedo.
—Timonel, ¿qué luz es esa?
(le pregunté), ¿no es un faro?
—No señor, es una aldea.—

—¡Una aldeal pensé entonces:
la tranquilidad completa,
un suelo que no se mueve,
gentes que duermen y sueñan
sin acordarse del monstruo
que se enfurece y se encrespa
ni del viento que en sus alas
á los peñascos nos lleva.
Pero ¿quién sabe? ¡Allí acaso
también á estas horas reza
por nosotros algún niño
en los brazos de su abuelal—

Y ya se me dió un ardite
del crugido de las vergas
y la rabia de las olas
y el soplar de la caldera,
¡como sí al pedir el chico
que perdonasen sus deudas
pidiese también socorro
para los pobres que tiemblan
amarrados á las bordas
como el marisco á las peñas!



¡OH, LA ARCADIA!



DECORACIÓN de bosque. Allá á lo lejos
cierra la perspectiva una montañía
que el sol naciente baña
con vívidos reflejos.

Una fuente murmura
y de ella brota el agua á borbotones,
y cantan jilguerillos y gorriones
en la jaula sin fin de la espesura.)

LA ZAGALA (poniéndose una rosa
en el lado derecho del rodete):

—¡Oh, qué dichosa soy! ¡Oh, qué dichosa!

¡Me gusta ser hermosa

para volver tarumba á ese zoquetel

EL PASTOR (que aparece):—¿Me llamabas?
(efecto teatral de á real y medio).

LA PASTORA:—No tal; pero tardabas,
y me abrasaba el tedio.

LA FUENTE (como siempre, *murmurando*):

—(Esta chica habla bien para su clase).

—Dijiste que á las cinco te esperase
y son las cinco y media. ¿Desde cuándo
te has hecho distraído
y acudes á las citas media hora
después de lo ofrecido?

—Perdóname, pastora;
me acosté un poco tarde ¡y me he dormido!

—¡Y dices que me quieres!

—¡Y lo dudas, bien mío! ¿Pues no sabes
que he despreciado veinte mil mujeres
por entregarte de mi amor las llaves?

—¿Veinte mil?

—Veinte mil.

—¿Eso es de veras?

—¡De veras!

—Me parece que exageras.

—Mira; siéntate aquí, sobre esta roca,
y bríndame el placer de tu mirada,
mientras tu corderillo abre la boca
para engullir la *hierba aljofarada*.

Te pintaré mi amor incandescente
con frases de ambrosía,

hasta que, oculto el sol en Occidente,
volvamos tú á tu casa y yo á la mía.

—Y ¿qué hemos de comer á medio día?

—¡Comer! ¿y quién se acuerda de esa prosa
delante de zagala tan hermosa?

Oiremos, cogiditos de las manos,
el poético són de los cencerros,
y el ladrar de los perros
en los montes cercanos.

La brisa besará cándidamente
tu cabellera blonda

y envuelto en cada onda

te dejará un perfume diferente.

Nos cantarán preciosos *ritornelos*,
al traer la comida á sus hijuelos,
los pájaros alegres y habladores
que envidian mis amores.

¡Así nos pasaremos todo el día!
¿no te parece bien, zagala mía?

LA ZAGALA (prendiéndose la rosa):

—¡Oh, qué dichosa soy! ¡Oh, qué dichosa!

LA FUENTE (como siempre, muy *serena*
y siempre murmurando *sotto voce*):

—¡Si no van á hacer más hasta la noche,
no valía la pena!



ÍNDICE



Páginas.

Ni fú, ni fá.....	1
Tres cartas.....	3
Microcosmos.....	6
La primavera.....	8
¡Mire usted qué demonio!.....	11
Al menudeo.....	12
El drama eterno.....	15
¡A buena hora!.....	18
Disgusto doméstico.....	21
A Madrid me vuelvo.....	24
La siesta (parodia de Zorrilla).....	27
¡No escribo!.....	31
Humoraditas (imitación de Campoamor).....	34
¿Que quién soy yo?.....	38
La batalla.....	41
Inocencia.....	44
El medio ambiente.....	48
Romance caballeresco.....	51
Conato de seducción.....	55
La defensa.....	58
Incidente parlamentario.....	61
Profesión de fé.....	64
Del Rastro.....	67
La fiebre.....	70
El primer beso.....	73
¡No me arrepiento!.....	76
Contagio.....	79
¿Qué es amor? (parodia de Campoamor).....	81
B. L. P.....	84
¡Hala, hala!.....	87
En la cárcel.....	90
Borrachera.....	93
Consejo gratis.....	96
La Nochebuena.....	98
A un fanfarrón.....	101
En la variación está el gusto.....	104
¡Caballos!.....	108

Rectificación.....	112
A un postergado.....	114
Confiteor.....	117
El torneo.....	120
Excma. Sra. Condesa de.....	123
La tentación.....	127
Sobre gustos.....	131
En confianza.....	133
Cosas de niños.....	136
Cosas de jóvenes.....	139
Égloga (como las antiguas, pero á la moderna).....	143
El Ángel de la guarda.....	146
Adorable Matilde.....	149
El regimiento de desecho.....	153
¡Veinticinco años!.....	157
La boda.....	160
¡Justicia seca!.....	165
Estilos.....	168
La camisa de la Lola.....	171
Con permiso.....	174
Astronomía.....	177
La fuente de la Teja.....	180
Caprichos.....	185
Niñerías.....	188
¡Oh, la Arcadia!.....	191



Esta obra se halla de venta en la Administración
del MADRID CÓMICO, Peninsular, 5, y en las princi-
pales librerías de Madrid y provincias.



Precio: 8 pesetas

G 29584

PRECI:

PROJWOTAWA
SOTLAWA

SINESIO
DELGADO